PATRICK MODIANO

Accidente nocturno

Con un joven a punto de cumplir la mayoría de edad, que es atropellado en el centro de París, en plena noche, por un Fiat verde conducido por una mujer, arranca *Accidente nocturno.*

La policía toma declaración a los implicados y después el joven es enviado a una clínica para que le curen la pierna. Mientras convalece, ese accidente le trae el recuerdo de otro vivido en la infancia y no logra quitarse de la cabeza a la mujer que lo ha atropellado. Al salir de la clínica decide emprender la búsqueda de la conductora, sobre la que tiene algunas pistas: un nombre y una dirección.

Y de este modo, en ese París convertido en territorio «modianesco» —esa ciudad trazada a la vez sobre un mapa real y sobre otro que pertenece al territorio de la ficción, del mito—, se desarrolla una doble pesquisa: seguir el rastro de una mujer elusiva y rebuscar en el pasado del protagonista, a quien el accidente le ha avivado ciertos recuerdos.

La novela se estructura, pues, como una indagación detectivesca en la que no se investiga un crimen sino las incertidumbres de la juventud y la memoria que forja el relato de nuestras vidas, y en la que no se persigue a un criminal sino a una figura femenina que proyecta rasgos de otras mujeres.

Accidente nocturno es una muestra del poder evocador de la prosa de Patrick Modiano y de su portentoso manejo de la ambigüedad y la incerteza como ejes vertebradores de una obra literaria insobornable y esencial.

Patrick Modiano

Accidente nocturno

ePub r1.0
Bacha15 21.12.14

más libros en epubgratis.org

Título original: *Accident nocturne*
Patrick Modiano, 2003
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: Bacha15
ePub base r1.2

Para Douglas

Entrada la noche, en un día ya lejano en que estaba a punto de cumplir la mayoría de edad, cruzaba la plaza de Les Pyramides en dirección a la plaza de La Concorde cuando salió un coche de entre las sombras. Primero pensé que me había rozado; luego noté un dolor agudo del tobillo a la rodilla. Había caído desplomado en la acera. Pero conseguí levantarme. El coche dio un bandazo y chocó contra uno de los arcos de los soportales de la plaza con ruido de cristales rotos. Se abrió la puerta y salió tambaleándose una mujer. Un hombre que estaba a la puerta del hotel, bajo los soportales, nos acompañó al vestíbulo. Nos quedamos esperando, la mujer y yo, en un sofá de cuero rojo mientras él llamaba por teléfono en el mostrador de recepción. La mujer tenía heridas en la mejilla, en el pómulo y en la frente, y sangraba. Un individuo moreno y robusto con el pelo muy corto entró en el vestíbulo y se nos acercó.

Fuera, había gente alrededor del coche, que tenía las puertas abiertas, y uno tomaba notas como para levantar un atestado. Cuando nos estábamos subiendo al furgón de emergencias de la policía me di cuenta de que había perdido el zapato izquierdo. La mujer y yo estábamos sentados juntos en el banco corrido de madera. El individuo moreno y robusto iba en el otro banco, enfrente de nosotros. Fumaba y nos echaba de vez en cuando una mirada fría. Por la ventanilla con rejas vi que íbamos por el muelle de Les Tuileries. No me habían dejado buscar el zapato y pensé que se quedaría allí toda la noche, en plena acera. No tenía ya muy claro si era un zapato o un animal lo que acababa de dejar abandonado, aquel perro de mi infancia al que atropelló un coche cuando vivía en las inmediaciones de París, en una calle que se llamaba Docteur-Kurzenne. Estaba hecho un lío, a lo mejor me había dado un golpe en la cabeza al caerme. Me volví hacia la mujer. Me extrañaba que llevase un abrigo de pieles.

Me acordé de que estábamos en invierno. Por cierto que el hombre que llevábamos enfrente también iba con abrigo; y yo, con una de esas cazadoras viejas forradas de piel que se encuentran en el mercadillo de Les Puces. El abrigo de pieles seguro que la mujer no lo había comprado en un mercadillo. ¿Visón? ¿Marta cebellina? Iba muy arreglada, lo que contrastaba con las heridas de la cara. En mi cazadora, algo más arriba de los bolsillos, me fijé en que había manchas de sangre. Tenía una rozadura grande en la palma de la mano izquierda y de ahí debían de venir las manchas de sangre que había en el paño de la cazadora. La mujer iba erguida, pero con la cabeza agachada, como si estuviera mirando fijamente algo en el suelo. A lo mejor mi pie sin zapato. Llevaba melena corta y me había parecido rubia a la luz del vestíbulo.

El furgón de la policía se paró en el semáforo en rojo, en el muelle, a la altura de Saint-Germainl'Auxerrois. El hombre seguía mirándonos por turnos, en silencio, con aquella mirada fría. Yo estaba empezando a sentirme culpable de algo.

El semáforo no se ponía verde. Todavía había luz en el café de la esquina del muelle con la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois donde había quedado muchas veces con mi padre. Era el momento de salir huyendo. A lo mejor bastaba con decirle al individuo aquel del banco que nos dejase marcharnos. Pero me sentía incapaz de decir ni una palabra. Tosió, una tos gargajosa de fumador, y me asombró oír un sonido. Desde que había ocurrido el accidente, reinaba un hondo silencio a mi alrededor, como si hubiera perdido el oído. Íbamos a lo largo del muelle. Cuando el furgón policial estaba entrando en el puente sentí que la mano de ella me apretaba la muñeca. Me sonreía como si quisiera tranquilizarme, pero yo no sentía ningún temor. Me parecía incluso que nos habíamos conocido antes los dos en otras circunstancias y que seguía teniendo la sonrisa de entonces. ¿Dónde la había visto antes? Me recordaba a alguien a quien había conocido hacía mucho. El hombre que teníamos enfrente se había quedado dormido y llevaba la cabeza caída sobre el pecho. Ella me apretaba muy fuerte la muñeca y al cabo de un rato, cuando nos bajásemos del furgón, nos esposarían juntos.

Pasado el puente, el furgón entró por una portalada y se detuvo en el patio de urgencias del hospital de L'Hôtel-Dieu. Estábamos sentados en la sala de espera y nos seguía acompañando aquel hombre por cuyo cometido exacto me

preguntaba yo. ¿Era un policía que tenía que vigilarnos? ¿Por qué? Me habría gustado preguntárselo, pero sabía de antemano que no me iba a oír. A partir de ahora yo tenía una VOZ APAGADA. Esas dos palabras se me habían venido a la cabeza en la luz demasiado cruda de la sala de espera. Estábamos sentados los dos en un banco corrido, enfrente de la recepción. El individuo fue a hablar con una de las empleadas de recepción. Yo estaba muy arrimado a la mujer, notaba su hombro pegado al mío. Él volvió a su sitio, alejado de nosotros, al filo del banco. Un hombre pelirrojo y descalzo que llevaba una cazadora de cuero y un pantalón de pijama andaba sin parar por la sala de espera increpando a las empleadas de recepción. Les echaba en cara que no le hicieran caso. Pasaba a intervalos regulares por delante de nosotros y me buscaba la mirada. Pero yo evitaba la suya porque temía que me dirigiera la palabra. Una de las empleadas de recepción se le acercó y lo empujó con suavidad hacia la salida. Él volvió a la sala de espera y ahora soltaba unos quejidos prolongados, como un perro que aullase a la muerte. De tarde en tarde, un hombre o una mujer en compañía de un agente del orden cruzaban deprisa por la sala de espera y se internaban en un pasillo que teníamos delante. Me preguntaba adónde podía conducir aquel pasillo y si también nos iban a meter por allí a nosotros al cabo de un rato. Dos mujeres cruzaron por la sala de espera; las rodeaban varios policías. Me di cuenta de que acababan de bajarse de un furgón de detenidos, a lo mejor del mismo que nos había traído a nosotros. Llevaban abrigos de pieles tan elegantes como el de mi compañera e iban igual de arregladas que ella. No tenían heridas en la cara. Pero las dos iban esposadas.

El individuo moreno y robusto nos hizo una seña para que nos levantásemos y nos llevó al fondo de la sala. Me resultaba molesto andar con un solo zapato y me dije que valdría más quitarme el otro. Notaba un dolor bastante fuerte en el tobillo del pie sin zapato.

Entramos detrás de una enfermera en una habitación pequeña donde había dos catres de campaña. Nos tendimos en esos catres. Entró un hombre joven. Llevaba una bata blanca y sotabarba. Iba leyendo una ficha y le preguntó a ella cómo se llamaba. Le contestó: Jacqueline Beausergent. A mí también me preguntó cómo me llamaba. Me examinó el pie sin zapato y, luego, la pierna, subiéndome el pantalón hasta la rodilla. A ella la ayudó la enfermera a

quitarse el abrigo y le limpió con algodón las heridas que tenía en la cara. Luego se fueron, dejando encendida una luz de emergencia. La puerta estaba abierta de par en par y, en la luz del pasillo, el hombre paseaba arriba y abajo. Volvía a aparecer en el hueco de la puerta con la regularidad de un metrónomo. Ella estaba echada a mi lado, tapada con el abrigo de pieles como si fuera una manta. No habría cabido una mesilla de noche entre los dos catres. Alargó el brazo hacia mí y me apretó la muñeca. Me acordé de las esposas que llevaban hacía un rato las dos mujeres y volví a decirme que acabarían por esposarnos también a nosotros.

En el pasillo, el hombre dejó de andar arriba y abajo. Hablaba en voz baja con la enfermera. Esta entró en la habitación seguida del joven de la sotabarba. Encendieron la luz. Estaban de pie a la cabecera de mi catre. Me volví hacia ella, quien, bajo el abrigo de piel, se encogió de hombros como si quisiera indicarme que estábamos cogidos en la trampa y ya no podíamos escaparnos. El individuo moreno y robusto se había quedado en el hueco de la puerta, algo abierto de piernas y con los brazos cruzados. No nos quitaba ojo. Seguramente se disponía a cerrarnos el paso si es que intentábamos salir de aquella habitación. Ella volvió a sonreírme con esa sonrisa algo irónica que había tenido al principio en la grillera. Esa sonrisa me intranquilizó no sé por qué. El de la sotabarba y la bata blanca se estaba inclinando hacia mí y, con ayuda de la enfermera, me estaba apretando contra la nariz algo así como un bozal grande y negro. Noté el olor del éter antes de perder el conocimiento.

De vez en cuando intentaba abrir los ojos, pero volvía a amodorrarme. Luego me acordé de forma inconcreta del accidente y quise darme la vuelta para comprobar si ella seguía en el otro catre. Pero no tenía fuerzas para hacer el mínimo ademán y aquella inmovilidad me daba una sensación de bienestar. Me acordé también del bozal grande y negro. Era seguramente el éter lo que me había puesto en ese estado. Iba haciendo el muerto a la deriva por la corriente de un río. Se me apareció la cara de ella con precisión, como una foto antropométrica de gran tamaño: el arco regular de las cejas, los ojos claros, el pelo rubio, las heridas en la frente, en los pómulos y en la mejilla. En mi duermevela, el individuo moreno y robusto me alargaba la foto y me

preguntaba «si conocía a esa persona». A mí me asombraba oírlo hablar. Repetía sin parar la pregunta con la voz metálica del reloj parlante. A fuerza de escudriñar esa cara, me decía a mí mismo que sí, que conocía a esa «persona». O que, si no, me había cruzado con alguien que se le parecía. No notaba ya dolor en el pie izquierdo. Aquella noche llevaba los mocasines viejos de suela de crep y de un cuero muy tieso que había rajado por arriba con unas tijeras porque me hacían daño en el empeine. Me acordé del zapato que había perdido, de aquel zapato olvidado en plena acera. Con la conmoción del accidente, me había vuelto a la memoria el recuerdo del perro atropellado y ahora veía otra vez la avenida en cuesta que había delante de casa. El perro se escapaba para irse a un solar de la parte baja de la avenida. Me daba miedo que se perdiera y lo acechaba desde la ventana de mi cuarto. A menudo era de noche y el perro siempre volvía despacio, avenida arriba. ¿Por qué asociaba ahora a esa mujer con una casa en que había pasado una temporada en la infancia?

Otra vez estaba oyendo al individuo preguntar: «¿Conoce usted a esta persona?», y tenía una voz cada vez más baja, se convertía en un cuchicheo, como si me estuviera hablando al oído. Yo seguía haciendo el muerto, a la deriva por la corriente de un río que a lo mejor era ese por cuya orilla íbamos a pasear con el perro. Se me iban apareciendo unos rostros según avanzaba y los comparaba con la foto antropométrica. Pues claro, la mujer tenía una habitación en el primer piso de la casa, la última, al final del pasillo. La misma sonrisa, el mismo pelo rubio, pero algo más largo. Una cicatriz le cruzaba el pómulo izquierdo y yo entendía de repente por qué me había parecido reconocerla en el furgón de emergencias de la policía, por esas heridas que tenía en la cara y que seguramente me habían recordado aquella cicatriz, aunque de momento no hubiera caído en la cuenta.

Cuando tuviera fuerzas para volverme hacia el otro catre donde estaba acostada ella, alargaría el brazo y le apoyaría la mano en el hombro para despertarla. Debía de seguir arropada en el abrigo de pieles. Le haría todas esas preguntas. Y por fin sabría quién era exactamente.

No veía gran cosa de la habitación. El techo blanco y la ventana, enfrente de mí. O, más bien, una cristalera y, a la derecha, una rama de árbol que oscilaba. Y el cielo azul detrás del cristal, de un azul tan puro que me

imaginaba que en la calle hacía un día de invierno espléndido. Me daba la impresión de estar en un hotel en la montaña. Cuando pudiera levantarme y acercarme a la ventana, me daría cuenta de que daba a un campo de nieve, quizá al arranque de las pistas de esquí. No dejaba ya que me llevase la corriente de un río, sino que iba resbalando por la nieve, una cuesta poco empinada e interminable; y en el aire que respiraba había un frescor de éter.

La habitación parecía más grande que la de la víspera en el hospital de L'Hôtel-Dieu, pero sobre todo no me había llamado la atención ninguna cristalera ni la mínima ventana en aquella especie de chiscón en que nos habían metido después de la sala de espera. Volví la cabeza. No había ningún catre de campaña ni nadie más que yo. Habían debido de darle una habitación contigua a la mía y no tardaría en tener noticias suyas. El individuo moreno y robusto, de quien temía que nos esposase juntos, no debía de ser seguramente un policía, como creía yo, y no teníamos que darle cuenta de nada. Podía hacerme todas las preguntas que quisiera y el interrogatorio podía durar horas y más horas, no me sentía culpable de nada. Resbalaba por la nieve y el aire frío me causaba una leve euforia. Aquel accidente de la noche pasada no había sido fruto de la casualidad. Era un corte. Se trataba de una conmoción benéfica y había ocurrido a tiempo para permitirme tomar una salida nueva en la vida.

La puerta estaba a mi izquierda, pasada la mesilla de noche de madera de pino. En esa mesilla habían dejado mi cartera y mi pasaporte. Y en la silla metálica arrimada a la pared reconocí mi ropa. Al pie de la silla, mi único zapato. Oía voces detrás de la puerta, las voces de un hombre y una mujer que se respondían en una conversación tranquila. La verdad era que no tenía ningunas ganas de levantarme. Quería alargar cuanto pudiera aquella tregua. Me pregunté si seguía en L'Hôtel-Dieu, pero me daba la impresión de que no por el silencio que me rodeaba, que apenas turbaban esas dos voces tranquilizadoras detrás de la puerta. Y la rama oscilaba en el marco de la ventana. Antes o después vendrían a verme y a darme explicaciones. Y no notaba inquietud alguna, yo que nunca había dejado el estado de alerta. A lo mejor le debía ese sosiego repentino al éter que me habían dado la noche anterior, o a alguna otra droga que me hubiese calmado el dolor. En cualquier caso, ese peso que llevaba toda la vida notando había dejado de existir. Me sentía liviano y despreocupado, y esa era mi forma de ser auténtica. El cielo

azul de la ventana me hacía recordar una palabra: ENGADINA. Siempre había andado escaso de oxígeno y la noche pasada un médico misterioso, tras hacerme un reconocimiento, se había dado cuenta de que tenía que irme urgentemente a ENGADINA.

Oía charlar detrás de la puerta y la presencia de esas dos personas invisibles y desconocidas me tranquilizaba. A lo mejor se habían quedado allí para velar por mí. Otra vez volvía a salir el coche de la sombra, me rozaba y chocaba contra uno de los arcos de los soportales, se abría la puerta y salía ella tambaleándose. Cuando estábamos en el sofá del vestíbulo del hotel, y hasta que me apretó la muñeca en la grillera, yo había creído que estaba bebida. Un accidente trivial, de esos de los que dicen en la comisaría que la persona que iba al volante conducía «en estado de embriaguez». Pero ahora estaba seguro de que se trataba de algo diferente por completo. Era como si alguien hubiera velado por mí sin que yo lo supiera o como si el azar lo hubiera puesto en mi camino para protegerme. Y aquella noche el tiempo apremiaba. Había que salvarme de un peligro o avisarme de algo. Me volvió una imagen a la memoria, debida seguramente a esta palabra: ENGADINA. Había visto hacía unos cuantos años a un individuo bajar esquiando a toda velocidad por una cuesta muy empinada, chocar aposta con la pared de un chalet y romperse una pierna para no ir a la guerra, esa a la que llamaban «de Argelia». En resumidas cuentas, aquel día quería salvar la vida. Yo, por lo visto, no tenía ni siquiera una pierna rota. Le debía a ella el haber salido del paso sin daños mayores. Aquella conmoción era necesaria. Me permitía pararme a pensar en lo que había sido mi vida hasta entonces. No me quedaba más remedio que admitir que «iba de cabeza a una catástrofe», por atenerme a la expresión que había oído referida a mí.

Otra vez se me fueron los ojos hacia el zapato que estaba a los pies de la silla, ese mocasín grueso que yo había rajado por la mitad. Debían de haberse quedado sorprendidos al quitármelo para meterme en esta cama. Habían tenido la amabilidad de colocarlo junto a mi ropa y prestarme este pijama que llevaba puesto ahora, azul con rayas blancas. ¿De dónde salía tanta solicitud? Seguramente había sido ella quien les había dado instrucciones. No podía apartar la vista del zapato aquel. Más adelante, cuando hubiera tomado mi vida un nuevo derrotero debería tenerlo siempre al alcance de la vista, en

lugar destacado, encima de una chimenea o en una caja de cristal, en recuerdo del pasado. Y a quienes quisieran saber más cosas de aquel objeto les contestaría que era el único legado de mis padres; sí, por mucho que me remontase en mis recuerdos, siempre había andado solo con un zapato. Cuando se me ocurrió esto cerré los ojos y me llegó el sueño entre una risa incontenible y silenciosa.

Me despertó una enfermera con una bandeja que, según me dijo, era el desayuno. Le pregunté dónde estaba exactamente y pareció extrañarle mi ignorancia. En la clínica Mirabeau. Cuando quise saber la dirección de la clínica, no me contestó. Me miraba con sonrisa incrédula. Creía que me estaba riendo de ella. Luego miró una ficha que se sacó del bolsillo de la bata y me dijo que tenía que «dejar la habitación». Le repetí: ¿Qué clínica? El suelo se movía, igual que en mi sueño. Había soñado que estaba prisionero en un buque mercante, en alta mar. Tenía prisa por volver a pisar tierra firme. Clínica Mirabeau, en la calle de Narcisse-Diaz. No me atreví a preguntarle en qué barrio estaba la calle. ¿Cerca del hospital de L'Hôtel-Dieu? Parecía que tenía prisa y cerró la puerta sin darme más detalles. Yo llevaba vendados el tobillo, la rodilla, la muñeca y la mano. No podía doblar la pierna izquierda, pero conseguí vestirme. Me puse el zapato único, diciéndome que iba a resultar difícil andar por la calle, pero que seguro que habría una parada de autobús o una boca de metro por las inmediaciones y que llegaría a mi casa enseguida. Decidí tumbarme otra vez en la cama. Seguía notando aquella sensación de bienestar. ¿Iría a durarme mucho? Me daba miedo que desapareciera cuando saliese de la clínica. Mirando el cielo azul en el marco de la ventana, me convencía de que me habían llevado, efectivamente, a la montaña. Había evitado acercarme a la ventana por temor a llevarme un chasco. Quería conservar cuanto pudiera la ilusión de que aquella clínica Mirabeau estaba en una estación de deportes de invierno de Engadina. Se abrió la puerta y se presentó la enfermera. Llevaba una bolsa de plástico que dejó encima de la mesilla de noche y salió sin decir ni palabra, como una exhalación. En la bolsa estaba el zapato que había perdido. Se habían tomado la molestia de ir a buscarlo a aquella acera. O a lo mejor era ella la que se lo había pedido. Me

sorprendía que tuvieran conmigo tantas atenciones. Ahora no había ya nada que me impidiera «dejar la habitación», como había dicho la enfermera. Me apetecía andar al aire libre.

Cojeaba un poco según bajaba la escalera principal e iba agarrándome a la barandilla. En el vestíbulo de abajo, estaba a punto de salir por la puerta de cristales, una de cuyas hojas estaba entornada, cuando divisé al individuo moreno y robusto. Estaba sentado en un asiento corrido. Me hizo una seña con el brazo y se puso de pie. Llevaba el mismo abrigo que la noche anterior. Me acompañó al mostrador de recepción. Me preguntaron cómo me llamaba. El individuo estaba a mi lado, como para vigilar mejor lo que yo hiciera, y yo pensaba darle esquinazo lo antes posible. Allí mismo, en aquel vestíbulo, mejor que en la calle. La mujer de la recepción me dio un sobre cerrado donde ponía mi nombre.

Luego, me hizo firmar una ficha de salida y me alargó otro sobre, este con membrete de la clínica. Le pregunté si debía algo, pero me dijo que ya estaba pagada la cuenta. ¿Por quién? De todas formas, no me habría llegado el dinero. Cuando estaba a punto de cruzar el vestíbulo y encaminarme a la puerta, el individuo moreno y robusto me rogó que me sentase con él en el asiento corrido. Me estaba dirigiendo una sonrisa imprecisa y pensé que aquel hombre no sentía forzosamente hostilidad hacia mí. Me alargó dos hojas de papel cebolla donde había un texto escrito a máquina. El «atestado» —aún recuerdo la palabra que usó—, sí, el «atestado» del accidente. Tenía que volver a firmar, en la parte de abajo de la hoja, y se sacó del abrigo una pluma a la que él mismo le quitó el capuchón. Me dijo que podía leer el texto antes de firmar, pero yo tenía demasiada prisa por salir al aire libre. Firmé la primera hoja. La otra no merecía la pena que la firmase porque era un duplicado para que me quedase yo con él. Lo doblé y me lo metí en el bolsillo de la cazadora; luego me puse de pie.

Salió pisándome los talones. ¿Es que quería volver a meterme en una grillera donde me la encontraría a ella, sentada en el mismo sitio que la noche pasada? Fuera, en la callecita que iba hasta el muelle, solo estaba aparcado un coche. Había un hombre al volante. Yo buscaba palabras para despedirme. Si me separaba de él con brusquedad, mi conducta le parecería sospechosa y corría el riesgo de no librarme de él. Así que le pregunté quién era la mujer de

la noche pasada. Se encogió de hombros y me dijo que ya lo vería en el «atestado», pero que más me valía, y más le valía a todo el mundo, que me olvidase del accidente. Por lo que a él se refería, el «caso estaba cerrado» y tenía la firme esperanza de que para mí también. Se detuvo a la altura del coche y me preguntó, con tono frío, si me costaba mucho andar y si quería que me «dejase» en algún sitio. No, no merecía la pena. Entonces, sin despedirse, se subió junto al conductor, dio un portazo bastante fuerte y el coche se dirigió hacia el muelle.

No hacía frío, un día soleado de invierno. Yo había perdido la noción del tiempo. Debía de ser la primera hora de la tarde. La pierna izquierda me molestaba un poco. Había hojas secas en la acera. Soñé que iba a salir a un camino forestal. No tenía ya en la cabeza la palabra «Engadina», sino una aún más dulce y más honda: Sologne. Abrí el sobre. Había dentro un fajo de billetes de banco. Sin una nota, sin la mínima explicación. Me pregunté el porqué de todo aquel dinero. A lo mejor ella se había fijado en el mal estado de mi cazadora y en mi zapato único. Antes de los mocasines rajados me había estado poniendo un par de zapatones, de cordones y con suela de crep, que llevaba incluso en verano. Y este era por lo menos el tercer invierno en que llevaba esta cazadora vieja. Saqué del bolsillo la ficha que había firmado. Un atestado, o más bien un resumen del accidente. Era un papel sin ningún membrete de la policía ni tenía aspecto de ser un impreso administrativo. «… La noche… un automóvil de marca Fiat, de color verde agua… con matrícula… que venía de los jardines de Le Carrousel y entraba en la plaza de Les Pyramides… Se condujo a ambos al vestíbulo del Hotel Régina… Hospital de L'Hôtel-Dieu, servicio de urgencias… Cura de la pierna y del brazo…». No decía nada de la clínica Mirabeau y me preguntaba cuándo y cómo me habían trasladado allí. Figuraban mi nombre y mi apellido en ese resumen de los hechos y también mi fecha de nacimiento y mis señas antiguas. Seguramente habían sacado todos esos datos de mi pasaporte viejo. Se mencionaban el nombre y el apellido de ella: Jacqueline Beausergent, y también las señas: glorieta de L'Alboni; pero se les había olvidado especificar el número. Nunca había tenido yo en las manos una cantidad tan elevada.

Habría preferido una nota de ella, pero seguramente no estaba en estado de escribir después del accidente. Supuse que el individuo moreno y robusto se habría ocupado de todo. A lo mejor era su marido. Intenté recordar en qué momento se había presentado. Iba sola en el coche. Luego él se nos acercó en el vestíbulo del hotel cuando estábamos esperando, sentados juntos en el sofá. No cabía duda de que habían querido indemnizarme por las heridas y se habían sentido culpables al pensar que el accidente podría haber sido mucho más grave. Me habría gustado tranquilizarlos. No, no había ningún motivo para que se preocupasen por mí. En el sobre con membrete de la clínica había una receta firmada por un tal «doctor Besson» con la prescripción de que me cambiase «el vendaje» con regularidad. Volví a contar los billetes de banco. Iba a estar mucho tiempo sin preocupaciones materiales. Me acordé de los últimos encuentros con mi padre, a eso de los diecisiete años, en que no me atrevía a pedirle algo de dinero. La vida nos había separado ya y quedábamos en cafés, por la mañana, muy temprano, cuando todavía era de noche. Él llevaba trajes con las solapas cada vez más rozadas y los cafés estaban cada vez más lejos del centro. Intentaba acordarme de si por casualidad no me habría citado en aquel barrio por el que andaba yo ahora.

Saqué del bolsillo el «atestado» que había firmado. Ella vivía en la glorieta de L'Alboni. Yo conocía el sitio aquel porque muchas veces me había bajado en la estación de metro que caía muy cerca. No tenía importancia que faltase el número. Con el nombre: Jacqueline Beausergent, ya me las apañaría. La glorieta de L'Alboni estaba algo más abajo, a orillas del Sena. Ahora estaba en su barrio. Por eso me habían trasladado a la clínica Mirabeau. Seguramente ella la conocía, sí, la iniciativa había partido de ella. O de alguien de su entorno que había venido a recogernos al hospital de L'Hôtel-Dieu. ¿En una ambulancia? Me había dicho a mí mismo que en la primera cabina telefónica miraría la guía de calles o llamaría a Información. Pero no corría prisa. Tenía todo el tiempo del mundo para encontrar la dirección exacta e ir a hacerle una visita. Era algo legítimo por mi parte y ella no podría ofenderse. Nunca había llamado a la puerta de personas a quienes no conociera, pero en ese caso había unos cuantos detalles por aclarar. Aunque no fuera más que ese fajo de billetes en un sobre, sin una nota, como una limosna que se le tira a un mendigo. Atropellas a alguien de noche y mandas

que le den algo de dinero por si se ha quedado inválido. Para empezar, no quería ese dinero. Nunca había contado con nadie y en aquella época estaba convencidísimo de que no necesitaba a nadie. Ni siquiera mis padres me habían valido para nada y las pocas veces en que mi padre había quedado conmigo en un café terminaban siempre de la misma forma: nos poníamos de pie y nos dábamos la mano. Y en ninguna de esas ocasiones había tenido valor para mendigarle ni un poco de dinero. Sobre todo al final, en la puerta de Orléans, cuando ni era ya un hombre vivaracho ni le quedaba nada de aquel encanto que aún tenía en Les Champs-Élysées. Una mañana me fijé en que le faltaban botones en el gabán azul marino.

Sentía la tentación de ir siguiendo el muelle hasta la glorieta de L'Alboni. Preguntaría al portero, en todos los edificios, en qué piso vivía Jacqueline Beausergent. No debía de haber muchos números. Me acordé de la forma en que me había apretado la muñeca y de su sonrisa irónica, como si existiera entre nosotros una complicidad. Más valía llamar primero por teléfono. Y no precipitar los acontecimientos. Me volvía aquella curiosa impresión que tuve en el trayecto en grillera hasta el hospital de L'Hôtel-Dieu de haber visto ya esa cara en alguna parte. Antes de buscar su número de teléfono a lo mejor hacía un esfuerzo de memoria. Las cosas eran sencillas aún en aquella época, no tenía a la espalda la mayor parte de mi vida. Bastaba con remontarse unos pocos años atrás. ¿Quién sabe? Una tal Jacqueline Beausergent, o esa misma persona con otro nombre, se había cruzado ya en mi camino. Había leído que al azar solo le debemos una cantidad muy limitada de encuentros. Las mismas situaciones y los mismos rostros vuelven y se parecen a los trozos de cristales de colores de los caleidoscopios con ese juego de espejos que da la ilusión de que las combinaciones pueden variar hasta el infinito. Pero se trata de combinaciones más bien limitadas. Sí, debía de haberlo leído en alguna parte, o nos lo habría explicado el doctor Bouvière alguna noche en un café. Pero se me hacía difícil concentrarme mucho rato en esas cuestiones, nunca me había notado una mente filosófica. De pronto, no me apetecía cruzar el puente de Grenelle y verme en la orilla izquierda y meterme en una línea de metro o coger un autobús para ir a mi habitación, en la calle de La Voie-Verte. Tenía la intención de seguir paseándome un rato por aquí. No me quedaba más remedio que acostumbrarme a andar con la pierna vendada. Me sentía a gusto en el

barrio de Jacqueline Beausergent. Me parecía incluso que el aire era más liviano y se respiraba mejor.

Antes del accidente, llevaba casi un año viviendo en el hotel de la calle de La Voie-Verte, por la zona de la puerta de Orléans. Me he pasado muchos años queriendo olvidar esa etapa de mi vida o no recordar sino los detalles insignificantes en apariencia. Había un hombre, por ejemplo, con el que me cruzaba a menudo, a eso de las seis de la tarde, y que seguramente volvía del trabajo. No me queda ya de él más que el recuerdo de una cartera negra y de unos andares pausados. Una noche, en el café de enfrente de la Ciudad Universitaria, trabé conversación con el hombre que tenía al lado, de quien había pensado que sería estudiante. Pero trabajaba en una agencia de viajes. Era malgache y encontré su nombre y un número de teléfono en una tarjeta, entre unos papeles viejos que quería quitarme de encima. Se llamaba Katz-Kreutzer. No sé nada de él. Otros detalles… Se trataba siempre de gente con la que me había cruzado y había visto a medias y que seguirían siendo enigmas para mí. Sitios también… Un restaurante pequeño en donde cenaba a veces con mi padre, por la parte alta de la avenida de Foch, a la izquierda, y que busqué inútilmente más adelante, cuando pasaba por el barrio por casualidad. ¿Lo habría soñado? Casas de campo que eran de personas cuyos nombres no sabía, cerca de pueblos que habría sido incapaz de señalar en un mapa; una tal Évelyne a quien conocí en un tren nocturno… Empecé incluso a hacer una lista —con fechas aproximadas— de todos esos rostros y esos sitios perdidos, de esos proyectos abandonados: un día decidí matricularme en la facultad de medicina, pero no seguí adelante con ese empeño. Al esforzarme por recapitular lo que no tuvo mañana para mí y se quedó en el aire, buscaba una brecha, líneas de fuga. Es que estoy llegando a esa edad en que la vida se va replegando poco a poco sobre sí misma.

Intento recuperar los colores y el ambiente de aquella estación del año en

que viví cerca de la puerta de Orléans. Colores grises y negros, un ambiente que a posteriori me parece asfixiante, un otoño y un invierno perpetuos. ¿Era por casualidad por lo que había ido a encallar en esa zona en que había quedado mi padre conmigo por última vez? Las siete en punto de la mañana, el café de La Rotonde, en los bajos de uno de esos edificios de ladrillos que se agrupan en bloques que marcan los límites de París. A lo lejos, Montrouge y un tramo de la vía de circunvalación que acababan de construir. No teníamos gran cosa que decirnos y yo sabía que no nos volveríamos a ver. Nos levantamos y, sin darnos la mano, salimos juntos del café de La Rotonde. Me sorprendió ver que se alejaba, con su gabán azul, hacia la vía de circunvalación. Todavía me pregunto a qué remoto suburbio lo llevaban sus pasos. Sí, ahora me llama la atención esa coincidencia de haber vivido una temporada en ese barrio en que nos veíamos los dos las últimas veces. Pero por entonces ni se me ocurrió. Tenía otras preocupaciones.

También el doctor Bouvière fue un rostro fugitivo de aquella época. Me pregunto si vive aún. A lo mejor ha encontrado, con otro nombre, en una ciudad de provincias, nuevos discípulos. Anoche, al acordarme de aquel hombre, me dio una risa nerviosa que me costaba trabajo contener. ¿Había existido de verdad? ¿No había sido un espejismo fruto de la falta de sueño, de la costumbre de saltarme algunas comidas y consumir drogas dañinas? No. Demasiados detalles, demasiados puntos de referencia me demostraban que un tal doctor Bouvière sentaba efectivamente cátedra por aquel entonces en los cafés del distrito XIV.

Nuestros caminos se habían cruzado pocos meses antes de que tuviera yo el accidente. Y tengo que reconocer que, en el hospital de L'Hôtel-Dieu, cuando me pusieron el bozal negro en la cara para darme éter y dormirme, me acordé de Bouvière por ese título suyo de «Doctor». No tengo ni idea de a qué correspondía el título, si era uno de sus grados universitarios o la culminación de unos estudios de medicina. Creo que Bouvière jugaba con esa confusión para insistir en la sugerencia de que sus «enseñanzas» abarcaban extensos dominios en los que iba incluida la medicina.

La primera vez que lo vi, no fue por Montparnasse, cuando celebraba sus reuniones. Sino en la otra punta de París, en la orilla derecha. Para ser exactos en la esquina de las calles de Pigalle y de Douai, en ese café que se llamaba Le Sans-Souci. Tengo que indicar qué hacía yo allí, aunque más adelante vuelva a este asunto con más detenimiento. Frecuentaba algunos barrios de París siguiendo el ejemplo de un escritor francés llamado «el espectador nocturno». De noche, por las calles, me daba la impresión de estar viviendo una segunda vida, más cautivadora que la otra, o, sencillamente, de estarla soñando.

Estábamos en invierno, eran cerca de las ocho de la noche y, a mi alrededor, no había mucha gente que digamos. Me había llamado la atención una pareja sentada en una de las mesas: él de pelo corto y plateado, rondando los cuarenta, de cara huesuda y ojos claros. No se había quitado el gabán; ella, una rubia de la misma edad. Parecía diáfana, pero en los rasgos del rostro había dureza. Le hablaba con voz grave, casi masculina, y las pocas frases que conseguía yo oír las articulaba con tanta claridad que parecía estarlas leyendo. Pero tenía algo en el porte que armonizaba con el barrio de Pigalle de aquella época. Sí, supuse de entrada que aquella pareja tenía una de las salas de fiestas de los alrededores. O más bien solo la mujer, pensé. El hombre debía de quedarse en segundo plano. Escuchaba lo que decía la mujer. Se había sacado del bolsillo una boquilla y me había llamado la atención el preciosismo con que se la había metido en la boca con un leve movimiento de la barbilla. Al cabo de un rato, la mujer se puso de pie y le dijo con aquella voz bien timbrada y recalcando las sílabas: «La próxima vez acuérdese de mis recargas», y esa frase me intrigó. La había pronunciado con tono seco, casi despectivo, y él había asentido dócilmente con la cabeza. Ella se fue acto seguido del café, con paso seguro y sin darse la vuelta, y él parecía contrariado. La seguí con la vista. Llevaba una gabardina con forro de piel. Había tirado por la calle de Victor-Massé, por la acera de la izquierda, y me pregunté si iba a entrar en Le Tabarin. No, se había esfumado. ¿Se había metido en el hotel que estaba algo más abajo? Bien pensado, podría haber estado al frente de un hotel tanto como de un cabaré o de una perfumería. Él seguía en la mesa, con la cabeza gacha, meditabundo, con la boquilla colgándole de la comisura de los labios, como si acabasen de golpearlo. Con la luz de neón se le veía la cara cubierta con un velo de sudor y de algo así como una grasa gris que les había notado a menudo a los hombres a quienes hacen sufrir las mujeres. Se puso de pie a su vez. Era alto y tenía la espalda algo encorvada. Por la luna de la fachada lo veía ir calle de Pigalle abajo, con andares de sonámbulo. Ese fue mi primer encuentro con el doctor Bouvière; el segundo ocurrió alrededor de diez días después, en otro café, por Denfert-Rochereau. París es una ciudad grande, pero creo que podemos encontrarnos varias veces con la misma persona y frecuentemente en los sitios en que podría parecer más difícil: el metro, los bulevares… Una vez, dos, tres,

diríase que el destino —o el azar— insiste, querría dar ocasión a un encuentro y orientarnos la vida hacia una dirección nueva, pero a menudo no respondemos a esa llamada. Dejamos pasar este rostro que seguirá siendo desconocido para siempre y sentimos alivio, pero también remordimiento.

Había entrado en ese café a comprar cigarrillos y había cola en el mostrador. El reloj del fondo marcaba las siete de la tarde. Debajo del reloj, en el centro del asiento corrido de molesquina roja, reconocí a Bouvière. Lo rodeaban varias personas, pero sentadas en sillas. El único que estaba en el asiento corrido era Bouvière, como si aquel asiento más confortable le correspondiera por derecho. Le habían desaparecido de la cara la grasa gris y el sudor, y la boquilla ya no le colgaba de la comisura de los labios. No era el mismo hombre. Ahora hablaba, e incluso parecía estar pronunciando una conferencia que los demás escuchaban religiosamente. Había uno que llenaba de notas un cuaderno escolar grande. Había chicas y chicos. No sé qué curiosidad me entró, seguramente el deseo de responder aquella tarde a la pregunta que me estaba haciendo: ¿cómo puede cambiar tanto un hombre según esté en Pigalle o en Denfert-Rochereau? Siempre había sido muy sensible a los misterios de París.

En la mesa de al lado, escogí el asiento corrido para sentarme, para estar aún más cerca de Bouvière. Me fijé en que todos habían tomado café y pedí un café yo también. Ninguno se había fijado en mí. Bouvière no dejó de hablar ni un momento cuando moví la mesa. Yo había tropezado con la pata y me había desplomado en el asiento, a su lado. Lo escuchaba atentamente, pero no acababa de entender qué decía. Algunas palabras no tenían en su boca el mismo sentido que en la vida corriente. Me asombraba ver qué influencia tenía sobre su auditorio. Todos bebían sus palabras y el individuo del cuaderno escolar grande no paraba de tomar notas en taquigrafía. De vez en cuando los hacía reír con comentarios sibilinos, que debían de volverle con frecuencia a los labios, como si fueran contraseñas. Si me encuentro con ánimos, intentaré recordar las expresiones más características de sus enseñanzas. No me afectaban las palabras que empleaba. No hallaba en ellas ningún eco ni ninguna fosforescencia. Su sonoridad se me ha vuelto en la memoria tan desmedrada y tan desconsolada como las notas de un clavicordio viejo. Por lo demás, ahora que la voz del doctor Bouvière no puede ya darles realce, solo

quedan palabras apagadas cuyo sentido me resulta difícil captar. Creo que Bouvière se las tomaba prestadas más o menos al psicoanálisis y a los filósofos de Extremo Oriente, pero no querría aventurarme demasiado por terrenos que no conozco bien.

Acabó por volverse hacia mí y se percató de mi presencia. Primero no me veía y luego le hizo a su auditorio una pregunta del tipo: «¿Entienden lo que quiero decir?», clavándome la mirada. En ese momento me dio la impresión de que me disolvía dentro del grupo y me pregunté si para Bouvière existía una diferencia entre los demás y yo. Tenía la seguridad de que en aquel café, alrededor de la misma mesa, su auditorio se iba renovando y, aunque hubiera un puñadito de fieles —una guardia personal—, seguramente iban sucediéndose varios grupos todas las tardes de la semana. Confunde todos estos rostros, todos estos grupos, me decía yo. Uno más o uno menos, qué más da. Por lo demás había ratos en que parecía hablarse a sí mismo, no ser ya sino un actor monologando ante un público anónimo… Cuando notaba que, en torno, la atención había llegado al colmo, tiraba de la boquilla con tanta fuerza que se le hundían las mejillas y, sin echar el humo, se interrumpía por unos segundos para comprobar que todo el mundo estaba pendiente por completo de sus labios. Aquella primera tarde, llegué cuando estaba acabando la reunión. Al cabo de un cuarto de hora, se calló, se puso en las rodillas una carpeta fina y negra, un modelo elegante, de esas que se compran en las tiendas de artículos de piel de categoría del Faubourg Saint-Honoré. La hojeó. Le dijo a la persona a quien tenía más cerca, un joven con cara de gavilán: «El viernes que viene en Le Zeyer a las ocho». Y el joven tomó nota en una libreta. A primera vista debía de hacerle las veces de secretario y supuse que era el encargado de enviar las convocatorias. Bouvière se levantó, volviéndose otra vez hacia mí. Me lanzó una sonrisa protectora, quizá para animarme a que asistiera en adelante a aquellas reuniones. ¿Como oyente libre? Los demás se levantaron a la vez. Yo hice lo mismo. Fuera, en la plaza de Denfert-Rochereau, estaba en medio de un grupo, le decía algo a este y a aquel, como esos profesores de filosofía un tanto bohemios que suelen ir a tomar algo con sus alumnos más interesantes al acabar la clase y hasta entrada la noche. Y yo estaba en el grupo. Lo acompañaron hasta el coche. Una rubia, en cuya cara delgada y seria me había fijado, andaba a su lado, y parecía tener con ella más

intimidad que con los demás. La rubia llevaba una gabardina del mismo color que la de la mujer de Pigalle, pero sin forro de piel. Y aquella noche hacía frío. En un momento dado, lo cogió del brazo y a los demás no pareció extrañarlos. Al llegar delante del coche, cruzaron unas cuantas palabras más. Yo me había quedado algo apartado. El gesto que hizo él para ponerse en los labios la boquilla no tenía aquel preciosismo que me había llamado la atención en Pigalle. Antes bien, la boquilla le daba un toque marcial: lo rodeaba su estado mayor y le estaba dando las últimas instrucciones. La muchacha rubia de la gabardina estaba tan cerca de él que se tocaban con los hombros. Tenía una cara cada vez más seria, habríase dicho que quería mantener a los otros a distancia y dejarles claro que ella ocupaba una posición privilegiada.

Él se subió al coche con esa muchacha, que cerró la puerta de golpe. Se asomó a la ventanilla haciéndole al grupo un ademán de despedida con el brazo, pero, como me estaba clavando en ese momento los ojos claros, me daba la ilusión de que aquel ademán solo se dirigía a mí. Estaba al borde de la acera y me acerqué a él. La muchacha me miró con expresión enfurruñada. Él estaba a punto de arrancar. Me entró un vértigo. Me dieron ganas de pegar un golpe en el cristal y de decirle a Bouvière: «¿No se le habrán olvidado las recargas?», porque esa frase me había dejado muy intrigado la otra tarde en Pigalle. Me decepcionaba la perspectiva de que iba a seguir siendo un misterio, mezclada con tantas otras palabras y tantos rostros sorprendidos por un momento y que nos resplandecerán en la memoria con un centelleo de estrella lejana hasta que se apaguen el día en que nos muramos, sin haber revelado su secreto.

Me quedé en la acera, entre el grupo. Estaba molesto. No sabía qué decirles. Acabé por sonreír al individuo con cara de gavilán. A lo mejor sabía más cosas que los demás. Le pregunté de forma un tanto brusca quién era aquella muchacha que acababa de irse en coche con Bouvière. Me contestó sin sorprenderse, con una voz dulce y profunda, que se llamaba Geneviève, Geneviève Dalame.

Intento acordarme de qué podía estar haciendo la noche del accidente, a una hora tan tardía, en la plaza de Les Pyramides. Tengo que especificar que por entonces, cada vez que salía de los barrios de la orilla izquierda me sentía feliz, como si bastase con cruzar el Sena para salir del entumecimiento. De pronto había electricidad en el aire. Por fin iba a sucederme algo.

Seguramente le doy demasiada importancia a la topografía. Me había preguntado a menudo por qué, en un lapso de pocos años, los sitios en que quedaba con mi padre se habían ido desplazando poco a poco desde Les Champs-Élysées en dirección a la puerta de Orléans. Recuerdo incluso haber desdoblado en mi habitación de hotel de La Voie-Verte un plano de París. Ponía cruces con bolígrafo rojo que me valían como puntos de referencia. Todo empezó en una zona cuyo centro de gravedad era ÉTOILE, con desviaciones rumbo al oeste, hacia el bosque de Boulogne. Luego, la avenida de Les Champs-Élysées. Habíamos ido deslizándonos imperceptiblemente por los bulevares hacia el barrio de L'Opéra. Y aún más abajo, hacia Le Palais-Royal: hubo unos cuantos meses —los suficientes para que pensase que mi padre había dado con un punto fijo en ese derivar suyo— en que veía a mi padre en el Ruc-Univers. Nos estábamos acercando a una frontera cuyo límite me esforzaba en fijar en el plano. Del Ruc habíamos pasado al Café Le Corona, que hacía esquina con la plaza de SaintGermain-l'Auxerrois y el muelle del Louvre. Sí, esa me parecía que era la frontera. Me citaba siempre en Le Corona alrededor de las nueve de la noche. El café estaba a punto de cerrar. Éramos los únicos clientes en la sala del fondo. No había ya mucha circulación por el muelle y se oía el reloj de Saint-Germainl'Auxerrois dar los cuartos. Ahí era donde me había fijado por primera vez en el traje rozado y en los botones que le faltaban al gabán azul marino. Pero llevaba los zapatos

impecablemente lustrados. No diría que pareciera un músico en paro. No, se parecía más bien a uno de esos «aventureros» tras haber pasado una temporada en la cárcel. Los negocios van cada vez peor. Ha perdido uno la prestancia y la agilidad de la juventud. De Saint-Germain-l'Auxerrois fuimos a dar a la puerta de Orléans. Y, luego, vi por última vez cómo se esfumaba su silueta una mañana brumosa de noviembre —una niebla rojiza— hacia Montrouge y Châtillon. Iba recto hacia esas dos localidades que tienen ambas un fuerte donde fusilaban a la gente al amanecer. Algún tiempo después hice yo a menudo el camino inverso. Alrededor de las nueve de la noche, cruzaba el Sena por el puente de Les Arts, dejando atrás la orilla izquierda, y llegaba a Le Corona. Pero en tales ocasiones estaba solo en una de las mesas del fondo y no necesitaba ya andar buscando palabras que decirle a aquel individuo turbio con gabán azul marino. Empezaba a sentirme aliviado. Había dado la espalda a la otra orilla del río, una zona pantanosa donde andaba chapoteando. Había puesto las plantas de los pies en tierra firme. Aquí brillaban más las luces. Oía el zumbido del neón. Dentro de un rato caminaría a cielo abierto, siguiendo los soportales de la plaza de La Concorde. La noche sería límpida y silenciosa. Tenía el porvenir por delante. Estaba solo en Le Corona y oía dar los cuartos en el reloj de Saint-Germain-l'Auxerrois. No podía por menos de acordarme de esas pocas reuniones con Bouvière y sus discípulos a las que había asistido en las semanas anteriores. Sí, se celebraban siempre en cafés por las inmediaciones de Denfert-Rochereau. Menos una noche en que fue más abajo, en la calle de Alésia, en Le Terminus, donde a veces había quedado con mi padre. Aquella noche me imaginé un encuentro de él con Bouvière, un tanto sentencioso, forrado de títulos y parapetado tras su condición de «doctor» y guía intelectual. Y mi padre, más aventurero y que no había tenido más escuela que la calle. Unos estafadores ambos, cada cual a su manera.

En la última ocasión, Bouvière había repartido los textos a multicopista de varias clases y me enteré por el muchacho con cara de gavilán de que daba esas clases en no me acuerdo ya qué universidad o qué centro de estudios superiores. Todos asistían a ellas, pero la verdad era que a mí no me apetecía sentarme en los bancos de una escuela, en fila, entre los demás. Ya había tenido de sobra con los internados y con el cuartel. La noche en que el gavilán repartió las fotocopias mientras Bouvière se acomodaba en el asiento corrido

de molesquina, le indiqué con un ademán discreto de la mano que no me hacían falta. El gavilán me echó una mirada de reproche. No quería disgustarlo. Así que cogí las fotocopias. Después, en mi habitación, intenté leerlas y fui incapaz de pasar de la primera página. Me daba la impresión de que seguía oyendo la voz de Bouvière. No era ni masculina ni femenina, había algo liso en aquella voz, algo frío y liso que no tenía poder alguno sobre mí, pero que debía de colárseles dentro progresivamente a los demás y causarles algo así como una parálisis y someterlos a aquel hombre. Ayer por la tarde me volvieron a la memoria los rasgos de esa cara con exactitud fotográfica: los pómulos, y los ojillos claros muy hundidos en las órbitas. Una calavera. Labios gruesos y curiosamente perfilados. Y la voz fría y lisa… Me acuerdo de que por aquel entonces había más calaveras como la suya, unos cuantos gurús, unos cuantos guías intelectuales, y sectas en que la gente de mi edad buscaba una doctrina política, un dogma que fuera bien rígido, un gran timonel a quien entregarse en cuerpo y alma. No sé ya muy bien por qué conseguí escapar de esos peligros. Era tan vulnerable como los demás. Nada me diferenciaba en realidad de todos aquellos oyentes sin rumbo que se aglutinaban alrededor de Bouvière. Yo también precisaba certidumbres. ¿Por qué milagro no caí en la trampa? Se lo debo a mi pereza y mi despreocupación. Y quizá también a una mentalidad poco dada a las alturas que me apegaba a los detalles concretos. Sí, tal hombre llevaba una corbata rosa. Y la nota de fondo del perfume de tal mujer era el nardo. La avenida de Carnot va en cuesta. ¿Se ha fijado en que hay calles en que, a media tarde, le da a uno el sol en los ojos? Me tomaban por idiota.

Se habrían llevado un gran chasco si les hubiera confesado una de las razones de mi asistencia a aquellas reuniones suyas. Había localizado, entre ellos, a alguien que me parecía más interesante que los demás. Una tal Hélène Navachine. Una morena de ojos azules. Era la única que no tomaba notas. La rubia que no se despegaba de Bouvière la miraba con desconfianza, como si pudiera ser una rival, y eso que Bouvière nunca le hacía caso. Aquella Hélène Navachine, por lo visto, no conocía a ningún miembro de los grupos y nunca les dirigía la palabra. Al acabar las reuniones, la veía irse sola, cruzar la

plaza y meterse en la boca del metro. Una noche se puso en las rodillas un cuaderno de solfeo. Después de la reunión le pregunté si se dedicaba a la música y echamos a andar juntos. Daba clases de piano para ganarse la vida, pero tenía la esperanza de entrar en el Conservatorio.

Aquella noche me metí en el metro con ella. Me había dicho que vivía cerca de la estación de Lyon y, para acompañarla hasta el final, me inventé que había quedado con alguien por ese barrio. Años después, en esa misma línea del metro elevado, entre Denfert y la plaza de Italie, tuve la esperanza por unos instantes de que el tiempo había quedado abolido y que volvería a estar sentado en el asiento corrido junto a Hélène Navachine. Entonces se adueñó de mí una sensación muy poderosa de vacío y, para calmarme, me dije que se debía a que el metro circulaba por encima del bulevar y de las hileras de edificios. En cuanto la línea volviera bajo tierra dejaría de notar aquella sensación de vértigo y de ausencia. Todo volvería a estar en orden, dentro de la monotonía tranquilizadora de los días, que van sucediéndose uno detrás de otro. Aquella noche, en torno a nosotros dos no había casi nadie en el vagón. Había pasado hacía mucho la hora punta. Le pregunté por qué asistía a las reuniones de Bouvière. Había leído, sin conocerlo, un artículo suyo acerca de la música de la India que le había abierto horizontes, pero el hombre la había decepcionado un tanto y sus «enseñanzas» no estaban a la altura de aquel artículo; me lo daría si quería leerlo.

Y yo ¿por qué camino había llegado a los grupos de Denfert-Rochereau? Por simple curiosidad. Me intrigaba el doctor Bouvière. Me habría gustado saber más cosas de él. ¿Cómo podía ser la vida de un doctor Bouvière? Ella sonrió. También se había hecho esa misma pregunta. A primera vista, nunca se había casado y le gustaban algunas de sus alumnas. Pero ¿le gustaban de verdad? Tenían siempre la misma apariencia física: pálidas, rubias, con la expresión severa de unas chicas cristianas al filo del misticismo. Al principio, se había sentido incómoda por eso. Le daba la impresión de que algunas chicas la miraban, durante las reuniones, por encima del hombro y de que no estaba en la misma onda que ellas. Pues entonces estamos hechos para entendernos, le dije. Yo tampoco me había sentido nunca en la misma onda que nadie. Pensaba que debía de ser como yo, que estaría algo perdida en París, sin vínculos familiares, intentando dar con un eje que le orientase la vida y

cruzándose a veces con doctores Bouvière. A los dos nos había extrañado mucho un detalle de Bouvière. Que, en una de las reuniones de la semana anterior, tuviera la cara tumefacta, como si le hubieran dado una paliza, un ojo negro y unos cardenales en la nariz y en el contorno del cuello. No había aludido en absoluto a lo que le hubiera ocurrido y, para disimular, había estado aún más brillante de lo que solía. Dialogaba con el auditorio y nos preguntaba a menudo si nos quedaba de verdad claro todo cuanto decía. Solo el secretario y la rubia de cutis translúcido no le quitaron ojo, con mirada preocupada, mientras duró la conferencia. Al acabar, la rubia le puso una compresa en la cara y él dejó, sonriente, que lo curase. Nadie se atrevió a hacerle la mínima pregunta. ¿No le parece un poco raro?, me preguntó Hélène, con ese tono tranquilo y desengañado de quienes llevan desde la infancia sin poder asombrarse ya de nada. Estuve a punto de mencionar a la mujer a quien había visto con Bouvière en Pigalle, pero me costaba imaginármela dándole una tunda así. Y también a cualquier otra mujer, por cierto. No, debía de ser algo más brutal y más turbio. Había una parte oscura en la vida del doctor Bouvière, quizá un secreto que le parecía vergonzoso. Me encogí de hombros y le dije a Hélène Navachine que era algo que pertenecía a los misterios de París.

Vivía en los bloques grandes de casas de enfrente de la estación de Lyon. Le expliqué que me quedaba aún una hora antes de la cita que tenía. Ella me habría recibido gustosa en su casa para que no tuviera que esperar en la calle. Desgraciadamente, a su madre le habría sentado muy mal que llevase a casa a alguien sin previo aviso, a aquel piso pequeño del número 5 de la calle de Émile-Gilbert.

Volví a ver a Hélène Navachine en la siguiente reunión. Al doctor Bouvière no se le notaban ya casi los cardenales de la cara y solo llevaba un trocito de esparadrapo en la mejilla izquierda. Nunca sabríamos quién le había dado una paliza. Nunca soltaría prenda. Ni siquiera la chica rubia que se subía siempre con él al coche llegaría a enterarse, estaba seguro. Los hombres mueren con su secreto.

Esa noche le pregunté a Hélène Navachine por qué le interesaba tanto la

música de la India. Solía escuchar esa música, me decía, para quitarse de encima un peso que la oprimía y alcanzar por fin una zona donde se respirase un aire más límpido y liviano. Y, además, era una música silenciosa. Necesitaba un aire liviano y silencio. Yo estaba de acuerdo con ella. La acompañaba a las clases de piano. La mayoría las daba en el distrito VII. La esperaba dando una vuelta; o, en las tardes de lluvia o de nieve, me metía en el café más cercano al edificio donde había entrado ella. La clase duraba una hora. Daba tres o cuatro al día. Así que, entre una y otra, me quedaba solo, bordeando los edificios abandonados de la Escuela Militar. Me entraba miedo de perder la memoria y extraviarme sin atreverme a preguntar. Pasaba poca gente y ¿por qué itinerario iba a preguntarles? Una tarde, al final de la avenida de Ségur, en las lindes del distrito XV, me entró el pánico. Me daba la impresión de estar disolviéndome en aquella niebla que anunciaba nieve. Habría querido que alguien me cogiera del brazo y me dijera palabras tranquilizadoras: «Que no, que no pasa nada, hombre… Debe de estar usted falto de sueño… Vaya a tomarse un coñac… Enseguida se le pasa…». Intentaba aferrarme a detallitos concretos. Hélène me había dicho que no se quebraba la cabeza en las clases de piano. A todo el mundo le enseñaba la misma pieza. Se llamaba el Bolero de Hummel. Un alemán que debía de haber hecho un viaje a España. Más valía que la esperase delante del edificio donde daba clase. Qué barrio tan curioso…, un barrio metafísico, habría dicho Bouvière, con esa voz suya tan fría y tan lisa. Qué debilidad por mi parte ceder ante los estados de ánimo… Bastaba con un poco de niebla que anunciaba nieve en el cruce de Ségur con Suffren para desmoralizarme. La verdad es que era un blando. Será porque me acuerdo de la nieve que caía aquella tarde, cuando Hélène Navachine salió del edificio, pero siempre que pienso en aquella época de mi vida noto el olor de la nieve, que es más bien como un frescor que te congela los pulmones y acaba por confundirse, para mí, con el olor del éter. Una tarde, después de la clase de piano, Hélène resbaló en una placa de hielo y, al caer, se hizo una herida en la mano. Un corte que sangraba. Encontramos una farmacia algo más allá. Compré algodón y, en vez de alcohol de noventa grados, un frasco de éter. No creo que fuera una equivocación deliberada mía. Nos sentamos en un banco y ella destapó el frasco; y, en el momento en que estaba empapando el algodón para ponérselo

en el corte, noté el olor del éter, tan fuerte y que me resultaba tan familiar desde que era pequeño. Me guardé el frasco azul en el bolsillo, pero el olor aquel seguía flotando a nuestro alrededor. Impregnaba las habitaciones de los hoteles del barrio de la estación de Lyon adonde solíamos ir a parar. Antes de que volviera a su casa o, si no, cuando venía a reunirse conmigo a eso de las nueve de la noche. En la recepción de esos hoteles no les pedían a los clientes la documentación. Pasaba por allí demasiada gente porque estaba cerca la estación. Clientes que no iban a quedarse mucho tiempo en las habitaciones y que un tren no tardaría en llevarse de allí. Sombras. Nos daban una ficha donde teníamos que poner el nombre y la dirección, pero nunca comprobaban si esos nombres y esas direcciones coincidían con los de un pasaporte o un carnet de identidad. Las fichas las rellenaba yo por los dos. La de nombres y de direcciones diferentes que habré escrito… Y, unos tras otros, los iba apuntando en la página de una agenda para cambiar de nombre la siguiente vez. Quería que el rastro y nuestras fechas de nacimiento fueran confusos, porque los dos éramos menores aún. Me encontré el año pasado en una cartera vieja la página donde había hecho la lista de nuestras identidades falsas.

Georges Accad	La Rochefoucault, 28. París IX
Yvette Dintillac	Laugier, 75
André Gabison	Jorge Juan, 17, Madrid
Jean-Maurice Jedlinski y Marie-José Vasse	Casa Montalvo, Biarritz
Jacques Piche	Berlin Steglitz, Orleanstrasse, 2
Patrick de Terouane	Berlioz, 21, Niza
Suzy Kraay	Vijzelstraat, 98, Ámsterdam

Me dijeron que todos los hoteles mandaban esas fichas a la brigada antivicio. Allí las guardaban por orden alfabético. Por lo visto las destruyeron en una época posterior, pero no me lo creo. Siguen intactas en sus casilleros. Una noche, como no tenía nada mejor que hacer, un policía jubilado miró todos esos archivos antiguos y se topó con la ficha de André Gabison o la de Marie-José Vasse. Se preguntó por qué esas personas llevaban más de treinta

años ausentes de sus domicilios y no las conocía nadie en esas señas. Nunca sabrá la verdad. Hace mucho, una chica daba clases de piano. En las habitaciones de hotel del barrio de la estación de Lyon donde nos veíamos me había fijado en que no habían quitado las cortinas de la defensa pasiva y eso que ya habían pasado muchos años desde la guerra. Se oían idas y venidas por los pasillos, puertas que se cerraban de golpe, timbres de teléfonos. Tras los tabiques seguían toda la noche algunas conversaciones y el timbre de las voces era el de los viajantes de comercio que charlaban interminablemente de sus asuntos. Pasos recios en las escaleras, gente cargada con maletas. Y, pese al barullo, conseguíamos llegar los dos a esa zona de silencio de la que me había hablado ella, donde el aire era liviano al respirarlo. Al cabo de un rato, tenía la sensación de que ahora éramos los únicos habitantes del hotel y que este se había quedado vacío de todos sus clientes. Se habían ido todos a tomar el tren a la estación de enfrente. Era tan hondo el silencio que yo me imaginaba una estación pequeña de una ciudad de provincias, cerca de una frontera perdida bajo la nieve.

Me acuerdo de que en la clínica Mirabeau, después del accidente, me despertaba sobresaltado y sin saber ya dónde estaba. Buscaba el interruptor de la lámpara de cabecera. Entonces, con aquella luz demasiado cruda, reconocía las paredes blancas y el ventanal. Intentaba volver a dormirme, pero tenía un sueño pesado e inquieto. Había toda la noche gente hablando tras el tabique. Un nombre volvía continuamente; lo pronunciaban voces con entonaciones diferentes: JACQUELINE BEAUSERGENT. Por la mañana, me daba cuenta de que lo había soñado. Lo único real era el nombre: JACQUELINE BEAUSERGENT, ya que se lo había oído a ella en el hospital de L'Hôtel-Dieu, cuando el individuo con bata blanca nos preguntó quiénes éramos.

La otra noche, en el aeropuerto de Orly Sud, estaba esperando a unos amigos que regresaban de Marruecos. El avión llegaba con retraso. Eran más de las diez. El amplio vestíbulo al que daban las puertas de llegada estaba casi desierto. Notaba la curiosa sensación de haber llegado a algo así como una tierra de nadie en el espacio y en el tiempo. Oí de pronto una de esas voces inmateriales de los aeropuertos que dijo por tres veces: «JACQUELINE BEAUSERGENT, ACUDA A LA PUERTA DE EMBARQUE 624». Yo corría por el vestíbulo. No sabía qué había sido de ella en aquellos treinta años, pero esos años ya no contaban. Tenía la ilusión de que todavía podía haber para mí una puerta de embarque. Unos pocos pasajeros iban llegando a la puerta 624. Delante de esa puerta estaba apostado un hombre de uniforme oscuro. Me preguntó con voz seca:

—¿Su billete?

—Estoy buscando a alguien… Ha habido una llamada hace un momento… Jacqueline Beausergent…

Los últimos pasajeros se habían esfumado. El hombre se encogió de

hombros.

—Esa persona ha debido de embarcar hace un buen rato, caballero.

Volví a decir:

—¿Está seguro? Jacqueline Beausergent…

Me cortaba el paso.

—Ya ve que no queda nadie, caballero.

Se me confunde en la memoria todo lo del período anterior al accidente. Los días transcurrían en una luz incierta. Esperaba a que aumentara el voltaje para ver las cosas más claras. Cuando vuelvo a pensar ahora en ese período, solo destaca entre la niebla la silueta de Hélène Navachine. Me acuerdo de que tenía un lunar en el hombro izquierdo. Me había dicho que se iba a ir a Londres unos días porque le proponían un trabajo allí y quería ver si le interesaba de verdad.

Una noche, la acompañé a coger el tren, a la estación del Norte. Me mandó una postal donde me decía que volvería pronto a París. Pero no volvió nunca. Hace tres años, recibí una llamada telefónica. Oí una voz de mujer que me decía: «¿Oiga?… Aquí el Hotel Palym… Quieren hablar con usted, señor…». El Hotel Palym estaba casi enfrente de casa de ella, en la callecita desde la que se veía el reloj de la estación de Lyon. Una vez cogimos allí una habitación con los nombres de Yvette Dintillac y Patrick de Terouane. La mujer repitió: «¿Sigue ahí, señor? Le paso la llamada…». Tenía la seguridad de que era ella. Otra vez íbamos a volver a vernos entre dos clases de piano y los alumnos tocarían el Bolero de Hummel hasta el final de los tiempos. Como le gustaba repetir al doctor Bouvière, la vida era un eterno retorno. Había interferencias en la línea y parecían el susurro del viento en los árboles. Esperaba agarrando con fuerza el auricular para evitar el mínimo movimiento que hubiera podido poner a aquel cable tendido a través de los años en peligro de romperse. «Le paso la llamada, señor…». Me pareció oír el ruido de un mueble volcado o de alguien que se caía por las escaleras.

«¿Oiga? ¿Oiga?… ¿Me oye?». Una voz de hombre. Me sentía decepcionado. Seguía el zumbido en la línea. «Fui amigo de su padre… ¿Me oye?». Por más que le contestaba que sí, el que no me oía era él. «Guy

Roussotte… Soy Guy Roussotte… Su padre le habló de mí a lo mejor… Era colega de su padre en la oficina de Otto… ¿Me oye?». Parecía estar haciéndome esa pregunta por guardar las formas sin que le importase de verdad si lo oía o no. «Guy Roussotte… Teníamos una oficina su padre y yo…». Habría podido pensar que me llamaba desde uno de esos bares de Les Champs-Élysées de hace cincuenta años donde el rumor de las conversaciones giraba en torno a negocios del mercado negro, mujeres y caballos. La voz sonaba cada vez más ahogada y solo me llegaban retazos de frases: «Su padre… oficina de Otto… encuentro… unos días en el Hotel Palym… dónde podría entrar en contacto con él… Basta con que le diga: Guy Roussotte… oficina de Otto… de parte de Guy Roussotte… una llamada… ¿Me oye?». ¿Cómo había conseguido mi número de teléfono? No venía en la guía. Me imaginaba a ese espectro llamándome desde una habitación del Hotel Palym, la misma habitación, a lo mejor, que una noche de hacía tiempo habían ocupado Yvette Dintillac y Patrick de Terouane. Qué curiosa coincidencia… La voz se oía ahora demasiado lejos y las frases eran demasiado deshilvanadas. Me preguntaba si era a mi padre a quien quería ver, creyendo que estaba aún en este mundo, o si era a mí. No tardé en dejar de oírlo. Otra vez aquel ruido de mueble volcado o de un cuerpo que se cae por las escaleras. Luego, la sintonía del teléfono, como si hubieran colgado. Eran ya las ocho de la noche y no tuve ánimos para volver a llamar al Hotel Palym. Y estaba decepcionado de verdad. Había esperado oír la voz de Hélène Navachine. ¿Qué habría sido de ella en todo aquel tiempo? La última vez que la había visto en sueños, se había interrumpido el sueño antes de que tuviera tiempo de darme sus señas y su número de teléfono.

Ese mismo invierno en que oí la voz lejana de Guy Roussotte, me había ocurrido un contratiempo. Por mucho que se pase uno más de treinta años afanándose penosamente para tener una vida más clara y armoniosa de lo que fue en sus principios, un incidente puede hacernos correr el riesgo de volver bruscamente atrás. Era el mes de diciembre. Hacía más o menos una semana que, al salir de casa o al volver, me había fijado en que había una mujer inmóvil a pocos pasos de la puerta del edificio o en la acera de enfrente. No

estaba nunca allí sino a partir de las seis de la tarde. Una mujer alta que llevaba un abrigo de piel vuelta, un sombrero de ala ancha y un bolso marrón en bandolera. Me seguía con la mirada y no se movía del sitio, callada y en actitud amenazadora. ¿De qué pesadilla olvidada de mi infancia podía salir aquella mujer? ¿Y por qué ahora? Me asomé a la ventana. Estaba esperando en la acera con cara de vigilar la fachada del edificio. Pero yo no había encendido la luz de la habitación y le resultaba imposible verme. Con aquel bolso grande en bandolera, aquel sombrero y aquellas botas daba la impresión de que había sido la cantinera de un ejército que había desaparecido hacía mucho, pero que había dejado tras de sí muchos cadáveres. Me daba miedo que a partir de ese momento y hasta el final de mi vida estuviera apostada donde yo viviera y que no me valiera de nada mudarme. Siempre daría con mis señas nuevas.

Volvía una noche más tarde que de costumbre, y ahí seguía, inmóvil. Iba a abrir la puerta del portal cuando se me acercó despacio. Una mujer de edad. Me clavaba una mirada severa como si quisiera avergonzarme de algo o recordarme alguna falta que hubiese podido cometer. Le sostuve la mirada en silencio. Acababa por preguntarme de qué sería yo culpable. Me crucé de brazos y le dije con voz sosegada y articulando bien las sílabas que me gustaría saber qué quería de mí.

Alzó la barbilla y le salió de la boca un chorro de insultos. Me llamaba por mi nombre y me tuteaba. ¿Existía algún parentesco entre nosotros? A lo mejor la había conocido hacía mucho. El sombrero de ala ancha resaltaba la dureza del rostro y, bajo la luz amarilla del farol, se parecía a una cómica alemana muy vieja que se llamaba Leni Riefenstahl. La vida y los sentimientos no habían conseguido dejar huellas en aquella cara de momia, sí, la momia de una niña perversa y caprichosa de ochenta años. Seguía clavando en mí los ojos de rapaz y yo no bajaba la mirada. Le sonreía de oreja a oreja. Notaba que estaba a punto de morderme y de inocularme su veneno, pero, tras aquella agresividad, había algo falso, como la interpretación sin matices de una mala actriz. Otra vez volvía a colmarme de insultos. Se había apoyado en la puerta del portal para cortarme el paso. Yo seguía sonriéndole y me daba cuenta a la perfección de que así la exasperaba cada vez más. Pero no le tenía miedo. Ya se habían acabado los temores infantiles en la oscuridad al pensar que una

bruja o la muerte iban a abrir la puerta de la habitación. «¿Podría hablar algo más bajo, señora?», le dije con un tono cortés que me sorprendió a mí mismo. A ella también pareció dejarla cortada la tranquilidad de mi voz. «Disculpe, pero he perdido la costumbre de oír voces como las que está usted dando». Vi que se le crispaban los rasgos y que, en menos de un segundo, se le dilataban las pupilas. Avanzó la barbilla para desafiarme, una barbilla grande y muy prominente.

Yo le sonreía. Entonces se me echó encima. Se me aferraba al hombro con una mano y, con la otra, intentaba arañarme la cara. Yo quería soltarme, pero la verdad es que pesaba mucho. Notaba que me volvían poco a poco los temores de la infancia. Llevaba más de treinta años arreglándomelas para tener una vida tan ordenada como un parque a la francesa. Ese parque había tapado con sus paseos anchos, sus prados de césped y sus ramilletes de árboles, un pantano donde había estado a punto de hundirme tiempo atrás. Treinta años de esfuerzos. Y todo para que una medusa me estuviera esperando una noche en la calle y se me viniera encima… La vieja esta iba a asfixiarme. Pesaba tanto como mis recuerdos de infancia. Me cubría un sudario y de nada me servía revolverme. Nadie podía ayudarme. Un poco más allá, en la plaza, había una comisaría donde estaban de guardia agentes del orden. Todo esto iba a acabar en una grillera y en una comisaría. Era una antigua fatalidad. Por cierto que, a los diecisiete años, cuando me echaron el guante porque mi padre quería librarse de mí, sucedió cerca de aquí, por donde la iglesia. Más de treinta años de esfuerzos inútiles para volver al punto de partida, a las comisarías del barrio. Qué tristeza… Tenían pinta de ser dos borrachos que se estaban pegando en la calle, diría uno de los agentes del orden. Nos harían sentar en un banco, a la vieja y a mí, como a todos esos a quienes habían detenido en redadas nocturnas, y tendría que dar mis datos. Me preguntarían si la conocía. El comisario me diría: Se hace pasar por su madre, pero, según su documentación, no hay ningún parentesco entre ustedes. Por lo demás, usted nació de madre desconocida. Queda en libertad, caballero. Era el mismo comisario a quien me había entregado mi padre cuando tenía diecisiete años. El doctor Bouvière tenía razón: la vida es un eterno retorno. Se adueñó de mí una rabia fría y le di a la vieja un rodillazo seco en el vientre. Aflojó la tenaza. Le di un empujón violento. Por fin podía respirar… La había

neutralizado por sorpresa, no se atrevía ya a acercárseme, estaba inmóvil al filo de la acera, mirándome fijamente con los ojillos dilatados. Ahora era ella quien estaba a la defensiva. Intentaba sonreírme, una sonrisa espantosa de teatrera que la dureza de la mirada desmentía. Me crucé de brazos. Entonces, al ver que con la sonrisa no conseguía nada, hizo como que se secaba una lágrima. ¿Cómo podía haberme asustado, a mi edad, ese fantasma y haberme creído por un momento que tenía fuerzas aún para tirar de mí hacia abajo? La época de las comisarías se había acabado, se había acabado del todo.

Los días siguientes, la mujer no volvió a apostarse ante el edificio y, hasta ahora, no ha vuelto a dar señales de vida. Aquella noche, la estuve observando después por la ventana. No parecía haberla afectado ni pizca nuestro pugilato. Iba y venía, arriba y abajo, siguiendo el terraplén. Idas y venidas regulares en un trecho bastante corto, pero con paso rápido, casi militar. Muy erguida, con la barbilla alta. De vez en cuando, volvía la cabeza hacia la fachada para comprobar si tenía público. Y luego empezó a cojear. Al principio iba probando, como si fuera un ensayo. Poco a poco dio con el ritmo adecuado. La vi alejarse y perderse de vista, cojeando, pero forzaba demasiado la nota en aquel papel de cantinera vieja en busca de un ejército derrotado y en retirada.

Hace tres años, poco más o menos por la misma época en que me atacó aquella vieja, pero en el mes de junio o de julio, iba siguiendo el muelle de La Tournelle. Un sábado soleado, por la tarde. Miraba los libros de los cajones de los libreros de lance. Y, de repente, me cayó la vista sobre tres libros que unía una goma ancha y roja, colocados en lugar muy destacado. Me dio un brinco el corazón al ver la tapa amarilla y el nombre y el título en letras negras del de encima: Los recuerdos-pantalla de Fred Bouvière. Quité la goma. Otros dos libros de Bouvière: Drogas y terapéutica y La mentira y la confesión. Había aludido a ellos en las reuniones de Denfert-Rochereau. Tres libros que no había manera de encontrar, de los que decía con cierta ironía que eran sus «obras de juventud». Las fechas de publicación se mencionaban en la parte de abajo de la tapa, junto al nombre de la editorial: Au Sablier. Sí, Bouvière debía de ser muy joven por entonces, apenas veintidós o veintitrés años.

Compré los tres libros y me encontré en la página de respeto de La mentira y la confesión una dedicatoria: «Para Geneviève Dalame, este libro que escribí cuando tenía su edad, en la hora del toque de queda. Fred Bouvière». Los otros dos no estaban dedicados, pero, igual que en el primero, ponía con tinta azul en la portadilla «Geneviève Dalame» y unas señas: «Bulevar de Jourdan, 4». La cara de aquella chica rubia de cutis muy pálido que siempre estaba pegada a Bouvière e iba a su lado en el asiento del coche al acabar las reuniones, el individuo con cara de gavilán que me decía en voz baja: «Se llama Geneviève Dalame», todo aquello me volvió a la memoria. Le pregunté al librero de dónde había sacado esos libros. Se encogió de hombros: Ah, una mudanza… Al recordar la forma en que Geneviève Dalame miraba a Bouvière con aquellos ojos azules y bebía sus palabras, me decía que era imposible que se hubiera deshecho de esos tres libros. A menos que hubiera querido romper

tajantemente con toda una parte de su vida. O que se hubiera muerto. Bulevar de Jourdan, 4. Estaba a dos pasos de donde vivía yo cuando me alojaba en la habitación del hotel de la calle de La Voie-Verte. Pero no necesitaba comprobarlo, sabía que el edificio ya no existía desde hacía alrededor de quince años y que la calle de La VoieVerte había cambiado de nombre.

Me acordé de que un día, por aquel entonces, iba a coger el autobús 21 a la puerta de Gentilly y ella salió de ese edificio pequeño, pero no me atreví a dirigirle la palabra. Ella también se puso a esperar el autobús y solo estábamos nosotros dos en la parada. No me reconoció, y era algo de lo más natural: durante las reuniones, solo veía a Bouvière y los demás miembros del grupo no eran sino caras desenfocadas dentro del halo luminoso que él proyectaba en torno.

Cuando arrancó el autobús éramos los únicos pasajeros y me senté en el asiento de enfrente del suyo. Me acordaba perfectamente del nombre que me había cuchicheado el gavilán unos días antes. Geneviève Dalame.

Se abstrajo en un libro forrado de papel vegetal, a lo mejor ese que le había dedicado Bouvière y había escrito en la hora del toque de queda. No le quitaba ojo. Había leído, no me acuerdo ya dónde, que si se mira fijamente a las personas, aunque estén de espaldas, se percatan de la presencia de uno. Con ella, la cosa fue para largo. No me hizo ningún caso hasta que el autobús iba por la calle de La Glacière. «La he visto en las reuniones del doctor Bouvière», le dije. Al pronunciar ese apellido pensaba congraciarme con ella, pero me lanzó una mirada suspicaz. Yo buscaba palabras que la pusieran de mejor humor. «¡Qué barbaridad!», le dije. «El doctor Bouvière responde todas las preguntas que se hace uno en la vida». Y adopté una expresión absorta, como si bastase con pronunciar ese apellido, Bouvière, para dejar atrás el mundo cotidiano y ese autobús en que íbamos. Pareció tranquilizarse. Teníamos el mismo gurú, compartíamos los mismos ritos y los mismos secretos. «¿Hace mucho que viene a las reuniones?», me preguntó. «Unas semanas». «¿Querría tener un contacto más personal con él?». Me había hecho la pregunta con cierta condescendencia, como si fuese la única intermediaria que existiera entre Bouvière y el grueso de sus discípulos. «Tan de inmediato, no», le dije. «Prefiero esperar algo más…». Y hablaba con un tono tan serio que ella no podía dudar ya de mi sinceridad. Me sonrió y creí, incluso,

vislumbrarle en los ojos, azules y grandes, algo así como una ternura por mí. Pero no me hacía ilusiones. Se lo debía a Bouvière.

Llevaba un reloj de pulsera masculino, que contrastaba con la muñeca, muy fina. La correa de cuero negro no estaba lo bastante prieta. Hizo un ademán demasiado vehemente al meter el libro en el bolso. El reloj se le escurrió y se cayó al suelo. Me agaché para recogerlo. Debía de ser un reloj viejo de Bouvière, me dije. Le había pedido que la dejara ponérselo, para llevar siempre consigo un objeto que le hubiera pertenecido. Quise ayudarla a ceñirse bien la correa de cuero a la muñeca, pero no cabía duda de que aquella correa le estaba grande. Entonces me fijé, en la parte baja de la muñeca, a la altura de las venas, en una cicatriz reciente porque todavía era de color de rosa, una fila de ampollitas. De entrada noté una sensación de malestar. La cicatriz no encajaba con aquel día soleado de invierno en que iba sentado en un autobús en compañía de una chica rubia de ojos azules. Yo era un individuo bastante corriente a quien le gustaban la felicidad y los jardines a la francesa. Me pasaban por la cabeza a menudo ideas negras, pero muy a mi pesar. A lo mejor a ella le ocurría lo mismo. Tenía una sonrisa y una mirada que expresaban una despreocupación anterior al trato con el doctor Bouvière. Seguramente era él quien le había hecho perder la alegría de vivir. Había caído en la cuenta de que me había fijado en la cicatriz y apoyaba la mano con la palma hacia abajo en la rodilla para ocultarla. Me apetecía hablarle de cosas anodinas. ¿Estaba estudiando aún o había encontrado ya un trabajo? Me explicó que tenía un empleo de mecanógrafa en un sitio que se llamaba Opéra Intérim. Y, de pronto, hablaba con naturalidad y no quedaba ya nada de aquella intensidad y aquella afectación suyas cuando nos habíamos referido al doctor. Sí, estaba acabando de convencerme de que antes de cruzarse con él había sido una chica sencilla. Y lamentaba no haberla conocido entonces.

Le pregunté si llevaba mucho asistiendo a las reuniones. Casi un año. Al principio, era difícil, no entendía gran cosa. No tenía ningún conocimiento de filosofía. Había dejado de estudiar al acabar el bachillerato elemental. Creía que no estaba a la altura y aquella sensación la había hecho caer en una «crisis de desesperación». Al recurrir a estas palabras a lo mejor quería explicarme por qué tenía una cicatriz en la muñeca. Luego el doctor la había ayudado a vencer esa desconfianza en sí misma. Un ejercicio muy trabajoso, pero gracias

a él había conseguido salir airosa. Le estaba agradecidísima por haberla hecho alcanzar un nivel al que no habría podido nunca llegar ella sola. ¿Dónde lo había conocido? Ah, en un café. Estaba tomando un bocadillo antes de volver a la oficina. Él estaba preparando una de las clases que daba en los «Hauts Études». Al enterarse de que era mecanógrafa, le había pedido que le pasara un texto a máquina. Estaba a punto de decirle que yo también había visto por primera vez a Bouvière en un café. Pero temía sacar a relucir un tema penoso. A lo mejor estaba enterada de la existencia de la mujer de la gabardina forrada de piel, esa que decía: «La próxima vez acuérdese de mis recargas». ¿Y si era esa mujer la que estaba en los orígenes de la cicatriz de la muñeca? O, mejor dicho, Bouvière, sencillamente, con esa vida sentimental suya que me parecía, a primera vista, muy peculiar…

Quise saber en qué parada se bajaba. PetitsChamps — Danielle-Casanova. Yo había sacado un billete para la estación de Le Luxembourg, pero me daba igual. Había decidido acompañarla hasta el final. Iba a Opéra Intérim, pero me dijo que no tardaría en dejar ese empleo. El doctor le había prometido un trabajo «a tiempo completo». Iba a pasar a máquina sus clases y sus artículos, se haría cargo de organizarle las reuniones, de las convocatorias y de las circulares para los diferentes grupos. Se alegraba mucho de tener un trabajo de verdad que, por fin, le daba un sentido a su vida.

«¿Así que va a dedicarle la vida entera al doctor?». Se me había escapado la frase y me arrepentí nada más pronunciarla. Ella me clavó la mirada azul pálido con cierta dureza. Quise remediar la torpeza con una observación de orden general: «Ya sabe que los guías intelectuales no siempre calibran el poder que ejercen sobre sus discípulos». Se le dulcificó la mirada. Me daba la impresión de que había dejado de verme y estaba perdida en sus pensamientos. Me preguntó: «¿Usted cree?». Había tanto desconcierto y tanto candor en aquella pregunta que me enterneció. Un trabajo de verdad que por fin le iba a dar un sentido a su vida… Fuere como fuere, había querido acabar con esa vida suya si me fiaba de la cicatriz de la parte baja de la muñeca… Me habría gustado que me hiciera confidencias. Soñé, por un momento, que en aquel autobús arrimaba la cara a la mía y estaba mucho rato hablándome al oído para que nadie más oyera lo que decía.

Otra vez me miraba con ojos desconfiados. «No estoy de acuerdo con

usted», me dijo, muy seca. «Yo necesito un guía intelectual…». Asentí con la cabeza. No tenía nada que contestarle. Habíamos llegado a Le Palais-Royal. El autobús estaba pasando por delante de Le Ruc-Univers, en cuya terraza me había sentado en muchas ocasiones con mi padre. Él tampoco decía nada y nos separábamos sin haber roto el silencio. Muchos embotellamientos. El autobús avanzaba a trompicones. Debería haber aprovechado para hacerle preguntas a toda prisa y saber algo más acerca de esa que se llamaba Geneviève Dalame, pero parecía estar pensando en algo que la preocupaba. Hasta Petits-Champs — Danielle-Casanova, no cruzamos ni una palabra. Y luego nos bajamos del autobús. En la acera, me dio la mano distraídamente, la mano izquierda, la del reloj y la cicatriz. «Hasta la próxima reunión», le dije. Pero en las reuniones siguientes siempre hizo caso omiso de mi presencia. Iba avenida de L'Opéra arriba y no tardé en perderla de vista. Había demasiada gente por la acera a aquella hora.

Esta noche he soñado por primera vez con uno de los episodios más tristes de mi vida. Cuando tenía diecisiete años, mi padre, para librarse de mí, llamó una tarde al servicio de emergencias de la policía y la grillera nos estaba esperando delante del portal. Me entregó al comisario del barrio diciendo que yo era un «golfo». Había preferido olvidarme de ese episodio, pero en mi sueño de esta noche un detalle que también se me había borrado, como lo demás, me ha vuelto a la cabeza y me ha dado una sacudida, cuarenta años después, como si fuera una bomba de acción retardada. Estoy en un asiento corrido, al fondo del todo de la comisaría, y espero sin saber qué pretenden hacer conmigo. A ratos, caigo en un duermevela. A partir de las doce de la noche, oigo con regularidad un motor y unas portezuelas que se cierran de golpe. Unos inspectores meten en la sala a un grupo variopinto de personas bien vestidas y de otras con aspecto de vagabundos. Una redada. Se identifican. Según lo van haciendo, desaparecen dentro de una habitación de la que no veo sino la puerta abierta de par en par. La última en presentarse ante el individuo que escribe a máquina es una mujer muy joven de pelo castaño y que lleva un abrigo de pieles. El policía escribe mal varias veces el apellido y ella se lo repite con tono de hastío: JACQUELINE BEAUSERGENT.

Antes de que entre en la habitación de al lado se nos cruzan las miradas.

Me pregunto si la noche en que me atropelló el coche no volvía de acompañar a Hélène Navachine a coger el tren en la estación del Norte. El olvido acaba por roer lienzos enteros de nuestras vidas y, a veces, minúsculas secuencias intermedias. Y, en esa película antigua, el moho del celuloide trae consigo saltos en el tiempo y nos da la impresión de que dos acontecimientos que habían ocurrido con meses de intervalo han sucedido el mismo día, e incluso que fueron simultáneos. ¿Cómo establecer una cronología mínima al ver cómo desfilan esas imágenes truncadas que se encabalgan en la confusión máxima de nuestra memoria o van sucediéndose, a veces despacio y a veces a trompicones, entre agujeros negros? Acaba por darme vueltas la cabeza.

Sí que me parece que aquella noche volvía a pie de la estación del Norte. Si no, ¿por qué iba a estar tan tarde sentado en un banco, muy cerca de la glorieta de la torre de Saint-Jacques, delante de la parada de los autobuses nocturnos? Una pareja estaba también esperando en esa parada. El hombre me habló con tono agresivo. Quería que los acompañase a él y a su mujer a un hotel. La mujer no decía nada y parecía apurada. El hombre me agarraba del brazo e intentaba llevarme consigo. Me empujaba hacia la mujer. «¿A que es guapa? Y eso que no lo has visto todo…». Yo intentaba soltarme, pero era de lo más pegajoso. Volvía a agarrarme del brazo. La mujer tenía una sonrisa socarrona. El hombre debía de estar borracho y arrimaba la cara a la mía para hablarme. No olía a alcohol, sino a una colonia muy rara, Aqua di Selva. Le di un empujón violento con el antebrazo. Me miró, boquiabierto y con expresión de chasco.

Me metí por la calle de La Coutellerie, una callecita oblicua y desierta, inmediatamente anterior al ayuntamiento. Volví a esa calle en los años posteriores —e incluso hoy, sin ir más lejos— para intentar entender el

desasosiego que me causó la primera vez. Ahí sigue el desasosiego. O más bien la sensación de estarme colando en un mundo paralelo, fuera del tiempo. Me basta con recorrer esa calle para darme cuenta de que el pasado ya ha concluido definitivamente sin que sepa yo muy bien en qué presente vivo. Es un simple pasaje por donde se meten los coches, de noche, a toda velocidad. Una calle olvidada en la que nunca se fijó nadie. Aquella noche me llamó la atención una luz roja en la acera de la izquierda. Era un sitio que se llamaba Les Calanques. Entré. La luz venía de un farolillo que colgaba del techo. Cuatro personas jugaban a las cartas en una mesa. Un hombre moreno con bigote se levantó y vino hacia mí: «¿Va a cenar, caballero? En el primer piso». Fui tras él por las escaleras. Allí también solo estaba ocupada una de las mesas, cuatro personas, dos mujeres y dos hombres, junto a la cristalera. Me indicó la primera mesa a la izquierda, junto al final de las escaleras. Los demás no me hicieron ni caso. Hablaban bajo, un susurro que interrumpían unas risas. Había paquetes de regalo abiertos en la mesa, como si estuvieran celebrando un cumpleaños o una cena de Nochebuena. La carta estaba encima del mantel rojo. Leí: Waterzooi de pescado. Los nombres de los demás platos estaban en caracteres minúsculos que casi no conseguía leer con aquella luz fuerte y casi blanca. Los de la mesa de al lado se reían a carcajadas.

WATERZOOI DE PESCADO. Me pregunté cómo debía de ser la clientela de aquel sitio. ¿Los miembros de una cofradía que hablaba entre sí en voz baja o, puesto que en aquella calle el tiempo ya no contaba, personas extraviadas en torno a una mesa por toda la eternidad? No tenía ya nada claro por qué había ido a parar allí. Seguramente era la marcha de Hélène Navachine la que me causaba aquella sensación de malestar. Y además era domingo por la noche y los domingos por la noche dejan unos recuerdos muy raros, como unos paréntesis mínimos de vacío en la vida de uno. Tenías que volver al internado o al cuartel. Estabas esperando en el andén de una estación cuyo nombre no recuerdas ya. Algo después, estás durmiendo con sueño agitado a la luz de los pilotos azules de emergencia de un dormitorio colectivo. Y ahora estaba en Les Calanques, sentado a una mesa con mantel rojo y la carta me proponía un waterzooi de pescado. Algo más allá, se reían a carcajadas. Uno de los dos hombres se había puesto un gorro de astracán negro. Las gafas y el delgado rostro francés contrastaban con aquel tocado de lancero ruso o polaco. Un

chascás. Sí, se llamaba un chascás. Y se inclinaba para besar a la rubia que tenía al lado entre el cuello y el hombro, pero ella no se dejaba. Y los otros se reían. Ni con la mejor voluntad podía yo sumarme a aquellas risas. Creo que si me hubiera acercado a su mesa no me habrían visto, y si les hubiera dirigido la palabra, ni siquiera habrían oído el sonido de mi voz. Intentaba vincularme a detalles concretos. Les Calanques, en el 4 de la calle de La Coutellerie. El malestar procedía quizá de la situación topográfica de la calle. Iba a dar a los edificios grandes de la prefectura de policía, a orillas del Sena. No había ninguna luz en las ventanas de esos edificios. Seguía sentado a la mesa para retrasar el momento en que me encontrase solo en esos parajes. Ni siquiera me tranquilizaba acordarme de las luces de la plaza de Le Châtelet. Ni, más allá, de Saint-Germainl'Auxerrois, donde tendría que llegar por los muelles desiertos. El hombre se había quitado el chascás y se estaba secando el sudor de la frente. Nadie venía a tomarme nota. Por lo demás, habría sido incapaz de tragar bocado. Un waterzooi de pescado en un restaurante que se llamaba Les Calanques… Había en aquella mezcla algo inquietante. Estaba cada vez menos seguro de poder sobreponerme a la angustia de los domingos por la noche.

Ya en la calle, me pregunté si no debería ponerme otra vez a esperar el autobús nocturno. Pero me invadió el pánico al pensar en la perspectiva de volver a solas a la habitación de mi hotel. El barrio de la puerta de Orléans me pareció de repente lúgubre, quizá porque me recordaba un pasado reciente: la silueta de mi padre alejándose en dirección a Montrouge, al encuentro de un pelotón de ejecución habría podido creerse, y todas nuestras citas fallidas en los cafés Zeyer, La Rotonde y Le Terminus de aquellas zonas de tierra adentro… Era la hora en que habría necesitado la compañía de Hélène Navachine. Con ella me habría parecido tranquilizador regresar a mi habitación y habríamos hecho el camino a pie por las calles muertas del domingo por la noche. Nos habríamos reído más escandalosamente aún que el individuo del chascás y sus compañeros de mesa, hacía un rato, en Les Calanques.

Para darme ánimos me dije que no todo era tan fúnebre en el barrio de la puerta de Orléans. Los días de verano, el león grande de bronce estaba

sentado a la sombra de las frondas y, siempre que lo miraba desde muy lejos, su presencia en el horizonte me tranquilizaba. Velaba sobre el pasado, pero también sobre el porvenir. Esa noche, el león iba a servirme de punto de referencia, me fiaba de aquel centinela.

Apreté el paso hasta Saint-Germain-l'Auxerrois. Al llegar a los soportales de la calle de Rivoli fue como si me hubieran despertado de repente. Les Calanques… El individuo del chascás que intentaba besar a la rubia… Siguiendo los soportales me daba la impresión de que había vuelto al aire libre. A la izquierda, el palacio del Louvre y, poco más allá, Les Tuileries de mi infancia. Según fuera avanzando hacia la plaza de La Concorde, intentaría intuir qué había tras las verjas del jardín, en la oscuridad: el primer estanque, el teatro al aire libre, los caballitos, el segundo estanque… Bastaba ahora con pocos pasos para respirar el aire de alta mar. Todo recto. Y, al final, el león, sentado como un centinela en medio del cruce… Aquella noche la ciudad era más misteriosa de lo que solía. De entrada, nunca había sido testigo de un silencio tan hondo a mi alrededor. Ni un coche. Al cabo de un rato, cruzaría la plaza de La Concorde sin preocuparme de los semáforos en rojo y en verde, igual que se cruza por un prado. Sí, otra vez estaba en un sueño, pero más apacible que el de hacía un rato, en Les Calanques. El coche apareció cuando estaba llegando a la plaza de Les Pyramides y, al notar ese dolor en la pierna, me dije que iba a despertarme.

En la habitación de la clínica Mirabeau, después del accidente, tuve tiempo de pensar. De lo primero que me acordé fue del perro al que atropellaron aquella tarde de mi infancia; y, luego, un suceso que ocurrió por las mismas fechas me fue volviendo poco a poco a la memoria. Hasta aquel momento, me parece que había intentado no pensar en él. Solo el olor del éter me lo recordaba a veces, ese olor negro y blanco que lo arrastra a uno hasta un punto de equilibrio frágil entre la vida y la muerte. Un frescor y la impresión de estar respirando por fin al aire libre, pero, también, a veces, la pesadez de un sudario. La noche anterior, en L'Hôtel-Dieu, cuando el individuo aquel me puso en la cara un bozal para dormirme fue cuando me acordé de que aquello ya lo había vivido. La misma oscuridad, el mismo accidente, el mismo olor a éter.

Era a la salida de un colegio. El patio daba a una avenida algo en cuesta, bordeada de árboles y de casas de las que no sabía ya si eran quintas, casas de campo u hotelitos del extrarradio. Me había pasado la infancia viviendo en sitios tan diferentes que acababa por confundirlos. El recuerdo que me quedaba de aquella avenida se mezclaba quizá con el de una avenida de Biarritz o de una calle en cuesta de Jouyen-Josas. Viví cierto tiempo, por la misma época, en esas dos localidades y creo que al perro lo atropellaron en la calle del Docteur-Kurzenne de Jouy-en-Josas.

Salía de clase a media tarde. Debía de ser invierno. Era de noche. Estaba esperando en la acera a que alguien viniera a buscarme. Dentro de nada no habría nadie a mi alrededor. La puerta del colegio estaba cerrada. Ya no había luz en los cristales. No sabía el camino para ir a casa. Quise cruzar la avenida, pero, cuando acababa de bajar de la acera, una camioneta frenó de golpe y me tiró al suelo. Me hizo una herida en el tobillo. Me tendieron detrás, debajo de la lona de la camioneta. Uno de los hombres estaba conmigo. Cuando arrancó

el motor, subió una mujer. La conocía. Vivía con ella en la casa. Vuelvo a verle la cara. Era joven, de unos veinticinco años, con el pelo rubio o castaño claro y una cicatriz en la mejilla. Se inclinó hacia mí y me cogió la mano. Estaba sin aliento, como si hubiera corrido. Le estaba explicando al hombre a quien teníamos al lado que había llegado tarde por una avería del coche. Le dijo «que venía de París». La camioneta se detuvo ante la verja de un jardín. Uno de los hombres me llevaba en brazos y cruzamos el jardín. La mujer me seguía sosteniendo la mano. Entramos en la casa. Estaba tendido en una cama. Una habitación de paredes blancas. Dos monjas se inclinaron hacia mí con las tocas blancas oprimiéndoles la cara. Me pusieron en la nariz el mismo bozal que el de L'Hôtel-Dieu. Y, antes de quedarme dormido, noté el olor blanco y negro del éter.

Aquella tarde, al salir de la clínica, fui siguiendo el muelle hacia el puente de Grenelle. Intentaba recordar lo que había pasado tiempo atrás cuando me desperté en la casa de las monjas. Bien pensado, la habitación de paredes blancas donde me llevaron se parecía a la de la clínica Mirabeau. El olor a éter era el mismo que en L'Hôtel-Dieu. Era algo que podía ayudarme en la busca. Dicen que son los olores los que resucitan mejor el pasado, y el del éter siempre había tenido en mí un efecto curioso. Me parecía el mismísimo olor de mi infancia, pero, como tenía que ver con el sueño y borraba también el dolor, las imágenes que dejaba a la vista se volvían confusas en el acto. Seguramente era por eso por lo que tenía un recuerdo tan confuso de mi infancia. El éter traía consigo a la vez memoria y olvido.

La salida del colegio, la camioneta con lona, las monjas… Buscaba otros detalles. Me veía junto a la mujer en un coche, abría un portalón y el coche iba por un paseo… Tenía una habitación en el primer piso de la casa, la última al final del pasillo. Pero aquellos retazos de recuerdos eran tan inconcretos que no conseguía que se me quedasen en la cabeza. Solo la cara estaba clara, con la cicatriz en la mejilla, y yo estaba completamente convencido de que era la misma que la de la otra noche, en L'Hôtel-Dieu.

Muelle adelante, llegué a la esquina de la calle de L'Alboni, a la altura de la brecha por donde pasa el metro elevado. La glorieta estaba algo más allá,

perpendicular a la calle. Me detuve al azar delante de un edificio macizo con puerta de cristal y hierros forjados negros. Tuve la tentación de entrar por la puerta cochera, de preguntar a la portera en qué piso vivía Jacqueline Beausergent y, si es que vivía en aquella casa, llamar a su puerta. Pero la verdad es que no entraba en mi forma de ser eso de presentarme de improviso en casa de la gente. Nunca había importunado a nadie ni pedido ayuda.

¿Cuánto tiempo había transcurrido entre el accidente aquel a la salida del colegio y el de la otra noche, en la plaza de Les Pyramides? Apenas quince años. La mujer del furgón de policía de L'Hôtel-Dieu parecía joven. No se cambia mucho en quince años. Subí las escaleras hasta la estación de metro de Passy. Mientras esperaba a que llegase el convoy en el andén de esa estación pequeña, buscaba los indicios que me permitirían saber si la mujer de la glorieta de L'Alboni era la misma que aquella otra de hacía quince años. Tendría que ponerle nombre también al sitio donde estaban el colegio, la casa de las monjas y la otra casa donde debía de haber vivido una temporada y donde tenía la mujer su cuarto al fondo del pasillo. Era algo que se remontaba a la época de las estancias en Biarritz y, luego, en Jouy-en-Josas. ¿Y antes? ¿Y entre las dos? Por orden cronológico, primero Biarritz y, después, Jouy-en-Josas. Y, después de Jouy-en-Josas, la vuelta a París, y los recuerdos se volvían cada vez más nítidos porque había llegado a eso que llaman la edad de la razón. Solo mi padre podría haberme dado alguna información inconcreta, pero se había esfumado. Así que tenía que apañármelas yo solo y, por lo demás, me parecía algo de lo más natural. El metro cruzaba el Sena rumbo a la orilla izquierda. Iría siguiendo fachadas en las que todas las ventanas encendidas eran también un enigma para mí. Para mayor sorpresa mía, una noche de la semana anterior al accidente me había tropezado con el doctor Bouvière en el metro. No le había extrañado en absoluto el encuentro y me había explicado que las mismas situaciones y las mismas caras vuelven a menudo en la vida. En una de nuestras siguientes reuniones pensaba desarrollar el tema del «eterno retorno», me dijo. Noté que estaba a punto de hacerme una confidencia. «Seguramente, le sorprendió verme el otro día en un estado tan lastimoso». Me miraba fijamente con ojos casi tiernos. No le quedaban ya cardenales ni en la cara ni en el cuello. «¿Sabe, hijito…? Hay algo que me he ocultado mucho tiempo a mí mismo…, algo que nunca he

asumido abiertamente». Luego recobró el control. Movió la cabeza. «Discúlpeme…». Me sonrió. Notaba un alivio evidente por haber contenido, en el último instante, una confesión muy grave. Habló de cosas insignificantes con gran locuacidad, como si quisiera borrar el rastro. Se levantó y bajó en la estación de Pigalle. Me preocupaba un poco.

A la salida del metro, mediada aquella tarde, entré en una farmacia. Enseñé la receta que me habían dado en la clínica y pregunté cómo tenía que ponerme la venda. El farmacéutico quiso saber la causa de la herida. Cuando le expliqué que me había atropellado un coche, me dijo: «Espero que haya puesto usted una denuncia…». El farmacéutico insistía: «Dígame, ¿ha puesto una denuncia…?». Y no me atreví a enseñarle el papel que había firmado en la clínica Mirabeau. Aquel papel me parecía raro. Tenía intención de volver a leerlo con tranquilidad en mi habitación. Según salía, el farmacéutico me dijo: «Y que no se le olvide desinfectarse siempre la herida con la mercromina».

Al volver al hotel, llamé a Información para que me dieran el número de Jacqueline Beausergent, en la glorieta de L'Alboni. No figuraba en ningún número de la glorieta. Mi habitación me pareció más pequeña que de costumbre, como si volviera a ella tras varios años de ausencia o incluso como si hubiera residido en ella en una vida anterior. ¿Sería posible que el accidente de la otra noche hubiera supuesto una fractura tal en mi vida que a partir de ahora hubiera un antes y un después? Conté los billetes de banco. En cualquier caso, nunca había tenido tanto dinero. Se habían acabado por algún tiempo los recorridos extenuantes por París para colocarle a un librero, con una ganancia ridícula, lo que acababa de comprarle a otro librero.

Me dolía el tobillo. No me sentía con ánimos de cambiarme la venda. Me eché en la cama, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, e intenté pensar en el pasado. No tenía costumbre. Hacía mucho que me había esforzado en olvidar la infancia, sin haber sentido nunca gran nostalgia de ella. No tenía ninguna foto, ningún rastro material de aquella época, salvo una cartilla vieja de vacunación. Sí, bien pensado, el episodio de la salida del colegio, de la camioneta y de las monjas había ocurrido entre Biarritz y Jouy-en-Josas. Así que tenía unos seis años. Después de Jouy-en-Josas, vinieron París y la

escuela municipal de la calle de Le Pont-de-Lodi, y luego los diversos internados y cuarteles por toda Francia: Saint-Lô, Alta Saboya, Burdeos, Metz y otra vez París, hasta hoy. En resumidas cuentas, el único misterio de mi vida, el único eslabón que no iba unido a los demás era aquel primer accidente de la camioneta y aquella mujer joven o aquella muchacha que, esa noche, llegaba tarde «porque había tenido una avería y venía de París». Había precisado la conmoción de la otra noche, en la plaza de Les Pyramides, para que aquel episodio olvidado volviera a la superficie. ¿Qué habría pensado de esto el doctor Bouvière? ¿Habría podido usar ese ejemplo, entre tantos otros, para ilustrar en la siguiente reunión de Denfert-Rochereau el tema del eterno retorno? Pero no era solo eso. Me parecía que se me había abierto una brecha en la vida que daba a un horizonte desconocido.

Me levanté y cogí del estante más alto del armario empotrado la caja de cartón azul marino donde había guardado todos aquellos papeles viejos que darían fe más adelante de mi paso por la tierra. Un extracto de la partida de nacimiento que acababa de pedir en el ayuntamiento de Boulogne-Billancourt para solicitar un pasaporte, un certificado de la academia de Grenoble que atestiguaba que era bachiller, una tarjeta de miembro de la Sociedad Protectora de Animales y, en mi cartilla militar, mi partida de bautismo expedida en la parroquia Saint-Martin de Biarritz y la cartilla, muy antigua, de vacunación. La abrí y miré por primera vez la lista de las vacunas y sus fechas: una me la había puesto en Biarritz un tal doctor Valat. Luego, seis meses después, otra vacuna, como indicaba el sello de un doctor Divoire en Fossombronne-la-Forêt, Loir-et-Cher. Luego otra, muchos años después, en París…, había dado con ese indicio. Sería una aguja perdida para siempre en un pajar o, si tenía suerte, un hilo merced al cual podría remontar el curso del tiempo: doctor Divoire, Fossombronne-la-Forêt.

Volví a leer después el parte del accidente que me había dado el moreno robusto al salir de la clínica, quedándose con un duplicado. No había caído en la cuenta, en el momento, de que estaba escrito en primera persona y empezaba con: «El abajo firmante…». Y las expresiones empleadas daban a entender que el responsable del accidente era yo… «Cuando iba a cruzar la plaza de Les Pyramides, a la altura de los soportales de la calle de Rivoli y en dirección a La Concorde, no me fijé en que llegaba un coche Fiat, de color

verde agua, con matrícula 3212FX75. La conductora, la señorita Jacqueline Beausergent, intentó evitarme, con lo que el coche fue a chocar con uno de los arcos de los soportales de la plaza…». Sí, seguramente era verdad. Aquel coche no iba deprisa y yo debería haber mirado a la izquierda antes de cruzar, pero esa noche había perdido el mundo de vista. Jacqueline Beausergent. Nadie se llamaba así en la glorieta de L'Alboni, me habían dicho en Información. Pero eso era porque no venía en la guía. Había preguntado cuántos números de portales había en esa glorieta. Trece. Con un poco de paciencia acabaría por saber cuál era el de ella.

Pasado un rato bajé otra vez desde mi cuarto y volví a llamar a Información. No había ningún doctor Divoire en Fossombronne-la-Forêt. Fui, cojeando un poco, hasta la librería pequeña de la entrada del bulevar de Jourdan. Compré un mapa Michelin de Loir-et-Cher. Di media vuelta y me dirigí al café Babel. Me dolía la pierna. Me senté en una de las mesas de la terraza acristalada. Me sorprendió ver en el reloj que solo eran las siete de la tarde y lamenté muy en serio que se hubiera ido Hélène Navachine. Me habría gustado hablar con alguien. ¿Llegarme hasta casa de Geneviève Dalame, algo más abajo? Pero debía de estar con el doctor Bouvière, si es que este no había ido otra vez a Pigalle. Hay que dejar a la gente que viva su vida. Vamos a ver, no iba a ir a llamar a la puerta de Geneviève Dalame de improviso… Entonces desdoblé el mapa Michelin y tardé mucho en encontrar Fossombronne. Pero tenía mucho empeño en localizarlo y me permitía olvidar mi soledad. Glorieta de L'Alboni, Fossombronne-laForêt. Estaba a punto de enterarme de algo importante que tenía que ver conmigo y que quizá iba a cambiarme el curso de la vida.

En el muelle, a la entrada de la calle de L'Alboni, había dos cafés, uno enfrente de otro. El más concurrido era el de la derecha: vendían tabaco y periódicos. Acabé por preguntarle al dueño si conocía a una tal Jacqueline Beausergent. No, no le sonaba de nada. Una mujer rubia que vivía por allí. Había tenido un accidente de coche. No, no caía, pero a lo mejor podría preguntar en ese taller de automóviles tan grande que estaba algo más allá, en los jardines de Le Trocadéro, ese especializado en la venta de coches americanos. Tenía bastantes clientes por el barrio. ¿Se había herido en la cara? Esas cosas llaman la atención. Pregunte usted en el taller. No lo había sorprendido mi pregunta y había contestado con tono cortés, algo cansado, pero me arrepentía de haber dicho delante de él el nombre de Jacqueline Beausergent. Hay que esperar que los demás vengan a nosotros de forma espontánea. Nada de ademanes demasiado bruscos. Quedarse quieto y callado y pasar inadvertido. Yo me sentaba siempre en la mesa más apartada. Y esperaba. Era ese que se queda parado a la orilla de un estanque al caer la tarde y deja que se le acostumbren los ojos a la penumbra antes de ver toda la animación del agua serena. Mientras me paseaba por las calles vecinas estaba cada vez más convencido de que daría con ella sin preguntarle nada a nadie. Iba andando por una zona delicada y había tardado mucho en llegar hasta allí. Todos mis recorridos por París, los trayectos de mi infancia de la orilla izquierda al bosque de Vincennes y al bosque de Boulogne, de sur a norte, las citas con mi padre y mis deambulaciones personales en los últimos años, todo ello me había llevado a este barrio a media colina, a orillas del Sena, un barrio del que se podía decir sin más que era «residencial» o «anónimo». Me habían citado aquí en una carta fechada hacía quince años y que había recibido la víspera. Pero aún estaba a tiempo: alguien me estaba esperando todavía

detrás de una de esas ventanas, todas iguales, de las fachadas de esos edificios que se confundían entre sí.

Una mañana en que estaba en el café de la derecha, que hacía esquina con el muelle y con la calle de L'Alboni, entró un hombre, en compañía de otro, y se sentaron en la barra. Reconocí enseguida al moreno robusto. Llevaba el mismo abrigo oscuro que la noche del accidente y que cuando salí de la clínica Mirabeau.

Yo intentaba no perder la sangre fría. No había notado mi presencia. Los veía a los dos de espaldas, sentados ante la barra. Hablaban muy bajo. El otro hombre anotaba algo en una libreta y de vez en cuando asentía con la cabeza mientras atendía a lo que decía el moreno robusto. Yo estaba en una mesa bastante cerca de la barra, pero no captaba ni una de las palabras que decían. ¿Por qué me había dado esa impresión de «moreno robusto» cuando estábamos sentados juntos la mujer y yo en el sofá del vestíbulo y se nos había acercado? Seguramente veía turbio por la conmoción del accidente. Y el otro día, al salir de la clínica, la verdad es que aún no había vuelto a mi ser. De hecho, no dejaba de tener una silueta elegante hasta cierto punto, pero en el pelo, que le nacía muy cerca de la frente, y en los rasgos tenía un toque de brutalidad y me recordaba a un actor americano cuyo nombre se me había olvidado.

Titubeé por un momento. Pero no podía por menos de aprovechar la oportunidad. Me levanté y fui a acodarme en la barra, a su lado. Me daba la espalda a medias y me incliné para llamarle la atención. Fue el otro hombre quien se dio cuenta de que quería hablar con él. Le dio un golpe en el hombro mientras me señalaba con el dedo. Se volvió hacia mí. Yo seguía callado, aunque no creo que fuera solo por timidez. Estaba buscando qué decir. Tenía la esperanza de que me reconociera. Pero me estaba mirando con ojos sorprendidos que expresaban fastidio. «Me alegro de volver a verlo», le dije, alargándole la mano. Me la estrechó con ademán distraído. «¿Nos conocemos de algo?», me preguntó frunciendo el entrecejo. «La última vez que nos vimos fue cerca de aquí. En la clínica Mirabeau». El otro hombre me examinaba también con mirada fría. «¿Cómo dice? No entiendo…». Le flotaba una sonrisa en los labios. «¿Dónde ha dicho?». «En la clínica Mirabeau». «Se está

usted confundiendo…». Me miraba de arriba abajo; a lo mejor quería calibrar qué amenaza representaba yo para él. Se fijó en el zapato izquierdo. Yo había rajado más el mocasín por culpa del vendaje. Si no recuerdo mal, había cortado incluso la mayor parte del cuero para dejar al aire el empeine y llevaba la venda sin calcetín, como ese vendaje que les ponen a veces a los purasangres porque son muy frágiles. «El accidente», le dije. Pero ponía cara de no enterarse. «Sí, el accidente de la otra noche…, en la plaza de Les Pyramides…». Me miraba fijamente sin decir nada. Me daba la impresión de que me estaba tomando el pelo. «Precisamente», le dije, «quería saber cómo está Jacqueline Beausergent…». Se había metido un cigarrillo entre los labios y el otro hombre le estaba alargando un mechero sin quitarme ojo tampoco él. «No entiendo nada de lo que me dice, caballero». El tono era bastante despectivo, ese que se emplea con un vagabundo o un borracho. El dueño del café se nos había acercado, sorprendido por mi actitud con un cliente a quien parecía respetar, e incluso temer. Y era cierto que había algo intranquilizador en aquella cara y en aquel pelo moreno que le nacía tan cerca de la frente. E incluso en el timbre de voz, algo ronco. Pero nada de eso me daba miedo. Llevaba desde niño viendo a tantos personajes raros que iban con mi padre… Ese hombre no era más de temer que los otros. «También quería decirle que… la verdad es que no necesito todo este dinero…». Y me saqué del bolsillo interior de la cazadora el fajo de billetes que me había entregado al salir de la clínica Mirabeau y que seguía llevando encima. Hizo un ademán seco y desdeñoso con la mano: «Disculpe, caballero…, ya está bien…». Luego se volvió hacia su acompañante. Habían reanudado la charla en voz baja y hacían caso omiso de mi presencia. Me volví a mi mesa. Detrás de la barra, el dueño me clavaba la mirada, moviendo la cabeza, con expresión de hacerme saber que era un impertinente y que me había librado de una buena. ¿Por qué? Me habría gustado mucho saberlo.

Cuando se marcharon del café, no me miraron ni una vez. Detrás de la luna, los vi pasar andando por la acera. Dudé en seguirlos. No, no había que precipitar los acontecimientos. Y ya estaba lamentando haber perdido la sangre fría ante aquel hombre. Debería haberme quedado en el rincón en que estaba, sin llamar la atención, y haber esperado a que saliera para seguirlo. Y enterarme de quién era y de si podía guiarme hasta ella. Pero, al estropear esa

oportunidad, me temía que había cortado los puentes.

El dueño, detrás de la barra, me seguía mirando con cierta reprobación.

«He debido de confundirme de persona», le dije. «¿Sabe usted cómo se llama ese señor?». Titubeó un momento y luego me espetó, como de mala gana: «Solière». Dijo que había tenido suerte de que el tal Solière no se hubiera tomado muy a mal mi actitud. ¿Qué actitud? Me había atropellado un coche la otra noche y estaba intentando, sencillamente, identificar al conductor y dar con él. ¿No era algo legítimo por mi parte? Creo que había conseguido convencerlo. Sonrió: «Me hago cargo…». «¿Y quién es exactamente ese Solière?», le pregunté. Se le ensanchó la sonrisa. Era como si le hiciera gracia mi pregunta. «No lo veo de monaguillo», me dijo. «No, no lo veo de monaguillo…». Yo le notaba en el tono evasivo de la voz que no iba a enterarme de nada más. «¿Vive por el barrio?». «Vivía por el barrio, pero ahora me parece que ya no…». «¿Y sabe usted si está casado?». «No sabría decirle». Llegaron otros clientes y se interrumpió la conversación. Por lo demás, ya había dejado de hacerme caso. Era muy presuntuoso por mi parte creer que les daba alguna importancia a las frases que había cruzado yo hacía un rato con Solière. Los clientes entran y salen, cuchichean entre sí. También se oyen voces. Hay veces, incluso, ya muy entrada la noche, en que no queda más remedio que llamar a emergencias de la policía. Entre ese barullo y esas idas y venidas, uno acaba por quedarse con algunas caras, con algunos nombres. Pero no por mucho tiempo.

Me decía que, con algo de suerte, vería otra vez el coche, aparcado por las inmediaciones. Fui a pie hasta el taller grande del muelle y pregunté al hombre del surtidor si no conocía, de entre los parroquianos, a una mujer rubia que había tenido un accidente y se había herido en la cara. Conducía un Fiat de color verde agua. Se quedó pensando un ratito. No, no le sonaba. Había tanto tráfico en el muelle… Parecía una autopista. Ya ni se fijaba en la cara de los clientes. Demasiados clientes. Y demasiados Fiats. Y tantas rubias… Un poco más allá, me encontré en los jardines de Le Trocadéro. De entrada, creí que era la primera vez que pasaba por esos jardines, pero al llegar delante del edificio del Aquarium me vino un vago recuerdo de la infancia. Saqué una

entrada y entré. Estuve mucho rato mirando los peces detrás de los cristales. Eran de unos colores fosforescentes que me recordaban algo. Me habían traído aquí, pero no habría podido decir en qué época en concreto. ¿Antes de Biarritz? ¿Entre Biarritz y Jouy-en-Josas? O, si no, ¿a poco de volver a París, cuando aún no tenía del todo la edad de la razón? Me parecía que había sido en la misma temporada en que me había atropellado la camioneta a la salida del colegio. Y luego, mirando los peces entre aquel silencio, me acordé de lo que me había contestado el dueño del café, cuando le pregunté quién era exactamente el tal Solière: «No lo veo de monaguillo». Yo había sido monaguillo solo una vez en la vida. Nunca me acordaba de ello, y el recuerdo se me había presentado de repente. En la misa del gallo, en la iglesia de un pueblo. Y, por mucho que rebuscaba en la memoria, solo podía ser en Fossombronne-la-Forêt, donde estaba el colegio y donde vivían las monjas y un tal doctor Divoire que ya no venía en la guía, según me habían dicho en Información. Ella era, y nadie más que ella, quien me había llevado a la misa del gallo y al Aquarium de Le Trocadéro. Bajo la lona de la camioneta, me tenía cogida la mano e inclinaba la cara hacia mí. El recuerdo era mucho más nítido en aquella sala silenciosa que iluminaban los acuarios. Al volver de la misa del gallo, por la callecita y hasta la portalada de la casa, alguien me llevaba de la mano. Esa misma persona. Y yo había venido aquí por esa misma época, había mirado los mismos peces de mil colores que pasaban deslizándose detrás de los cristales, en el silencio. No me habría extrañado oír pasos detrás de mí y, al volverme, verla acercarse como si todos aquellos años no contasen para nada. Por lo demás, el trayecto de Fossombronne-la-Forêt a París lo hacíamos en el mismo coche con el que me había atropellado en la plaza de Les Pyramides, un coche de color verde agua. No había dejado nunca de dar vueltas de noche por París, buscándome.

Al salir del Aquarium, me entró frío. En los paseos y en el césped del jardín había montoncitos de nieve. Y eso que el cielo era de un azul límpido. Por primera vez en la vida sentía la impresión de tener las cosas claras. Aquel azul contra el que destacaba con claridad el palacio de Chaillot, aquel frío punzante tras años y años de entumecimiento… El accidente de la otra noche había ocurrido en el momento oportuno. Necesitaba una conmoción que me despertase del letargo. No podía seguir andando entre la niebla… Y había

ocurrido pocos meses antes de cumplir la mayoría de edad. ¡Qué coincidencia tan curiosa! Me había salvado por los pelos. Aquel accidente era seguramente uno de los acontecimientos más determinantes de mi vida. Una llamada al orden.

La escuela y la camioneta con lona… Era la primera vez que me volvía para mirar al pasado. Había precisado para ello la conmoción del accidente de la otra noche. Hasta ese momento había vivido al día. Era un conductor en una carretera cubierta de hielo y que habría podido parecer que no tenía visibilidad. Había que evitar mirar hacia atrás. A lo mejor me había metido por un puente demasiado estrecho. Imposible dar media vuelta. Bastaría con una única mirada al retrovisor para sucumbir al vértigo. Pero ahora podía mirar sin temor y con sensación de superioridad todos esos míseros años ya transcurridos. Era como si alguien que no fuera yo pudiera mirar desde arriba mi vida, o como si yo estuviera contemplando en una pantalla luminosa mi propia radiografía. Todo estaba tan claro, las líneas eran tan completas y tan limpias… Solo quedaba lo esencial: la camioneta, esa cara que se inclina hacia mí bajo la lona, el éter, la misa del gallo y el camino de vuelta hasta la portalada de la casa donde su cuarto estaba en el primer piso, al fondo del pasillo.

Di con un hotel, pasado el puente de Bir-Hakeim, en la avenida corta que daba al muelle. Al cabo de tres días, no me apetecía ya volverme a dormir a la puerta de Orléans y alquilé una habitación en aquel Hotel Fremiet en el que me preguntaba qué otros clientes habría. Una habitación más confortable que la de la calle de La Voie-Verte, con teléfono e incluso con cuarto de baño. Pero ese lujo me lo podía permitir gracias a los billetes que me había dado el tal Solière al salir de la clínica y que no me había dejado devolverle. Peor para él. La verdad es que había sido un bobo con aquellos escrúpulos míos. Bien pensado, no era alguien a quien se pudiera ver de monaguillo.

Por la noche, en esa habitación, decidí no volver nunca más a la calle de La Voie-Verte. Me había llevado algo de ropa y la caja de cartón azul marino donde guardaba mis papeles viejos. No me quedaba más remedio que rendirme a la evidencia: allí no quedaría ninguna traza mía. Y esa idea, lejos de entristecerme, me daba ánimos para el futuro. Me había quitado un peso de encima.

Volvía tarde al hotel. Iba a cenar a un restaurante con una sala amplia, pasadas las escaleras y la estación de metro. Aún me acuerdo de cómo se llamaba el local: La Closerie de Passy. No había mucha gente. Algunas noches estuve solo con la dueña, una mujer morena con el pelo muy corto, y el camarero, que llevaba una chaqueta blanca de navegante de recreo. Siempre tenía la esperanza de que entrase Jacqueline Beausergent y fuera hacia la barra, como hacían dos o tres personas que se sentaban y charlaban con la dueña. Yo escogía la mesa más próxima a la entrada. Me levantaría y me acercaría a ella. Ya tenía decidido lo que iba a decirle… «Tuvimos los dos un accidente en la plaza de Les Pyramides…». Bastaba con verme andar. El mocasín rajado, la venda… En el Hotel Fremiet, el hombre de la recepción me

había mirado fijamente frunciendo el entrecejo. También estaba lo de la mancha de sangre en la cazadora. Notaba que no se fiaba. Le había pagado quince días por adelantado.

Pero a la dueña de La Closerie no la impresionaban ni la venda ni la mancha de sangre en la cazadora vieja. Por lo visto ya estaba de vuelta de muchas cosas y en barrios menos tranquilos que este. Al lado de la barra, había un loro en una jaula amarilla grande. Décadas después, estaba hojeando una revista de por entonces y, en la última página, había anuncios de restaurantes. Uno me llamó la atención: «La Closerie de Passy y su loro Pépère. Abierto todos los días de la semana». Una frase anodina en apariencia, pero que me hizo palpitar el corazón. Una noche, me sentía tan solo que preferí sentarme en la barra con los demás e intuía que la dueña me compadecía un poco por la cazadora manchada de sangre y la venda y lo flaco que estaba. Me aconsejaba que tomase caldo de carne Viandox. Y cuando le hice una pregunta acerca del loro, me dijo: «Si quiere, le puede enseñar una frase». Entonces me quedé pensando y acabé por articular lo más claro que pude: «ESTOY BUSCANDO UN COCHE FIAT DE COLOR VERDE AGUA». No tardé mucho en enseñarle la frase. Su forma de repetirla era más corta y más eficaz: «COCHE FIAT DE COLOR VERDE AGUA», y tenía una voz más chillona y más imperativa que la mía.

La Closerie de Passy ya no existe y me pareció, una noche del verano pasado, cuando iba en un taxi por el bulevar de Delessert arriba, que en el sitio en que estaba había un banco. Pero los loros viven hasta muy viejos. Ese, a lo mejor, más de treinta años después, en otro barrio de París y entre el barullo de otro café, sigue repitiendo esa frase mía sin que nadie la entienda ni la escuche en realidad. Ya solo los loros siguen siendo fieles al pasado.

Me quedaba cenando en La Closerie de Passy hasta tan tarde como podía. A eso de las diez, la dueña y sus amigos se sentaban a una mesa del fondo, cerca de la barra y de la jaula amarilla de Pépère. Se ponían a jugar a las cartas. Una noche llegó incluso a proponerme que me sumase a ellos. Pero era en la hora en que tenía que proseguir la búsqueda. FIAT DE COLOR VERDE AGUA.

Había pensado que si recorría las calles del barrio a eso de la medianoche

a lo mejor tenía la suerte de dar con ese coche aparcado. Jacqueline Beausergent debía de volver a casa a esa hora. Tenía la impresión de que era de noche, y no de día, cuando iba a dar por fin con EL FIAT DE COLOR VERDE AGUA.

Las calles estaban silenciosas y el frío era cortante. Desde luego, de vez en cuando me entraba miedo de que un furgón de la policía que estuviera haciendo la ronda se parase a mi altura y que me pidieran la documentación. Con la cazadora manchada de sangre y la venda, que se notaba mucho por el mocasín tirante, tenía seguramente pinta de merodeador. Y además me faltaban aún unos meses para los veintiún años, la mayoría de edad. Pero afortunadamente esas noches no se paró ninguna grillera para llevarme a la comisaría más cercana o incluso a los edificios grandes y oscuros de la brigada de menores, a orillas del Sena.

Empezaba en la glorieta de L'Alboni. No había ningún Fiat verde agua entre los coches aparcados allí a lo largo de ambas aceras. Me decía que ella no encontraría nunca un sitio libre delante de su casa y pasaría mucho rato dando vueltas por el barrio buscando donde aparcar. Y eso podía llevarla a bastante distancia. A menos que dejase el coche en un garaje. Cerca de donde vivía, en el bulevar de Delessert, un garaje. Una noche, entré. Había un hombre, al fondo del todo, en algo así como una oficina de paredes acristaladas. Vio desde lejos cómo me acercaba. Cuando empujé la puerta, se puso de pie y noté que estaba a la defensiva. Lamenté en esos momentos no llevar un abrigo nuevo. En cuanto empecé a hablar, se relajó. La otra noche me había atropellado un coche y estaba casi seguro de que el conductor vivía por el barrio. Hasta el momento no había dado señales de vida y me habría gustado entrar en contacto con él. Por cierto, era una conductora. Sí, en la glorieta de L'Alboni. Un Fiat de color verde agua. La mujer debía de tener heridas en la cara y el Fiat debía de estar un poco abollado.

Consultó un libro de registro grande que tenía ya abierto encima del escritorio. Lo hojeaba despacio, tras pasarse el índice por el labio inferior, que era un gesto que hacía mi padre a menudo cuando estaba mirando carpetas misteriosas en el Corona o en el Ruc-Univers. «Me ha dicho un Fiat de color verde agua, ¿verdad?». Había puesto el índice en el centro de una página para señalar algo y a mí me palpitaba el corazón. Efectivamente, un Fiat de color

verde agua, con matrícula… Alzó la cabeza y me miró atentamente con la seriedad de un médico que pasa consulta. «Es el coche de un tal Solière», me dijo. «Tengo las señas». «¿Vive en la glorieta de L'Alboni?». «No, qué va». Fruncía el entrecejo como si no se decidiese a darme las señas. «Me ha dicho que era una mujer. ¿Está seguro de que se trata del mismo coche?». Entonces le describí todo lo que había ocurrido, los acontecimientos de la noche, el furgón de los servicios de emergencias de la policía en que iba con nosotros el tal Solière, el hospital de L'HôtelDieu, la clínica Mirabeau y otra vez Solière, esperándome en el vestíbulo al salir de la clínica. No quise hablarle de mi último encuentro en el café con ese hombre que hacía como que no me reconocía.

«Vive en el 4 de la avenida de Albert-de-Mun», me dijo, «pero no es cliente nuestro. Era la primera vez que venía». Le pregunté dónde estaba la avenida de Albert-de-Mun. Por allá, por los jardines de Le Trocadéro. ¿Cerca del Aquarium? Algo más allá. Una avenida que va cuesta abajo hacia el muelle. Le habían cambiado el parabrisas y uno de los faros, pero había ido alguien a recoger el coche antes de que estuviera reparado del todo. ¿Solière en persona? No podía decírmelo, no estaba ese día, le preguntaría a su socio. Me miraba de vez en cuando el mocasín rajado y la venda. «Por lo menos habrá puesto una denuncia, ¿no?». Me había hecho la pregunta con un tono de reproche casi cariñoso, igual que el farmacéutico del otro día. ¿Contra quién? La única denuncia que habría podido poner era contra mí mismo. Hasta ahora había vivido en el desorden. Y este accidente iba a poner punto final a todos esos años de confusión e incertidumbre. Ya iba siendo hora. «¿Y no hay ni rastro de una señora Solière?», le pregunté. «¿O de una Jacqueline Beausergent?». «En el libro de registro no, por lo menos». «Una rubia con heridas en la cara. ¿No la habrá visto por el barrio?». Se encogió de hombros. «Mire, estoy siempre metido en esta oficina. Menos cuando me vuelvo a Vanves, a mi casa. ¿Está seguro de que iba ella al volante?». Estaba seguro. Aquella noche estuvimos mucho rato uno junto a otro en el sofá del hotel antes de que el tal Solière se nos acercara y nos subiéramos al furgón de la policía. Iría a hacer comprobaciones al hotel, en la plaza de Les Pyramides. Tendría que haber algún testigo. Pero no necesitaba testigos. Me bastaba con dar con aquella mujer para aclarar las cosas con ella, y nada más.

«Vaya a ver a la avenida de Albert-de-Mun», me dijo. «Si por casualidad vuelven a traer el Fiat, lo avisaré. ¿Dónde puedo localizarlo?». Le di la dirección del Hotel Fremiet. Bien pensado, aquel hombre no tenía malas intenciones.

Eran alrededor de las doce y fui andando hasta los jardines de Le Trocadéro. Solière. Me repetía ese apellido… De mi padre, había conservado una libreta vieja de direcciones que debía de tener guardada en la caja de cartón azul marino. Miraría en la letra S.

Iba por la avenida del Aquarium. Sí, la avenida de Albert-de-Mun bajaba en cuesta poco pronunciada hacia el Sena e iba siguiendo los jardines de Le Trocadéro. El número 4 era uno de los dos edificios que había antes de llegar al muelle. Hacía esquina con una callecita y en el último piso había una azotea. No había luz en ninguna ventana. El edificio parecía abandonado. De vez en cuando pasaba un coche por el muelle. Me acerqué a la puerta acristalada, pero no me atreví a entrar. Con la ropa que llevaba y a aquella hora tan avanzada, el portero no dejaría de llamar a la policía. ¿Había portero? ¿Y en qué piso vivía el tal Solière? No me movía de la acera, por donde los jardines, y no apartaba la vista de la fachada. Ahí, en uno de esos pisos, iba a enterarme de algo importante que tenía que ver con mi vida. Me parecía que una tarde de mi infancia, al salir del Aquarium, había ido por esta cuesta, bordeando los jardines. Avenida de Albert-de-Mun, 4. No dejaría de mirar la libreta vieja de mi padre para comprobar si estaban estas señas en alguna página con un apellido delante, Solière u otro cualquiera. A lo mejor aparecía el pueblo de Fossombronne-la-Forêt. Acabaría por saber qué vínculo existía entre esos dos sitios. Seguramente habría hecho muchos trayectos entre Fossombronnela-Forêt y París en el Fiat de color verde agua o en un coche más antiguo que conducía esa Jacqueline Beausergent. Cuanto más examinaba la fachada blanca más sensación tenía de haberla visto ya, una sensación fugitiva como los retazos de un sueño que se nos escabullen al despertar o como un reflejo de luna. En mi habitación de la puerta de Orléans no habría podido ni imaginarme que este barrio y esta avenida de Albert-de-Mun fueran a ser para mí una zona magnética. Hasta entonces me había quedado al margen, por donde los suburbios de la ciudad, esperando algo. Aún hoy, en mis sueños, regreso a veces a esos barrios y me pierdo entre todos esos bloques grandes

de las lindes de París. Busco en vano mi antigua habitación, la de antes del accidente.

Anduve hasta la esquina del muelle. Allí tampoco había ningún Fiat verde agua. Di la vuelta a la manzana. A lo mejor estaba de viaje. ¿Y cómo enterarme del número de teléfono de Solière? Por como lo había visto el otro día en el café, no era la clase de persona que figura en la guía.

El farmacéutico de la calle de Raynouard había tenido la amabilidad de cambiarme a veces el vendaje. Me desinfectaba la herida con mercromina y me aconsejó que anduviera menos y eligiera, para el pie izquierdo, un calzado más adecuado que el mocasín rajado. Cada vez que pasaba por la farmacia, le prometía seguir sus consejos. Pero sabía perfectamente que no iba a cambiar de calzado hasta que diera con el Fiat de color verde agua.

Intentaba andar menos que en los días anteriores y me quedaba tardes muy largas en mi habitación del Hotel Fremiet. Meditaba sobre el pasado y el presente. Había apuntado el nombre de los vecinos del número 4 de la avenida de Albert-de-Mun que figuraban en la guía.

Boscher (J.): PASSY 13 51
Cía. financiera e inmobiliaria de Le Trocadéro: PASSY 48 00
Destombe (J.): PASSY 03 97
Dupont (A.): PASSY 24 35
Goodwin (Sra. C.): PASSY 41 48
Grunberg (A.): PASSY 05 00
McLachlan (G. V.): PASSY 04 38

Ningún Solière. Llamé a todos esos números y pregunté por el señor Solière y por la señorita Jacqueline Beausergent, pero esos nombres no parecían sonarles a mis interlocutores. En la Compañía financiera e inmobiliaria de Le Trocadéro no cogían el teléfono. A lo mejor era ese el número que buscaba.

La libreta de direcciones de mi padre estaba a buen recaudo entre mis

papeles, en la caja de cartón azul marino. Se la dejó olvidada una noche encima de la mesa de un café y yo me la metí disimuladamente en el bolsillo. Nunca la mencionó en las siguientes citas. Al parecer esa pérdida no le había supuesto ninguna incomodidad o no se imaginaba que hubiese podido yo coger aquella libreta. Creo que, en los escasos meses anteriores a su desaparición entre la niebla por donde caía Montrouge, esos nombres no le valían ya de mucho que digamos. Ningún Solière en la letra S. Y ninguna mención a Fossombronne-la-Forêt en las direcciones.

Había noches en que me preguntaba si tenía algún sentido esa búsqueda y por qué me había metido en ella. ¿Era una ingenuidad mía? Había tardado muy poco, incluso antes quizá de llegar a la época de la adolescencia, en tener la sensación de que yo no venía de nada. Me acordaba del folleto que un individuo con gabardina gris y sotabarba repartía una tarde lluviosa en el Barrio Latino. Se trataba de un cuestionario para una encuesta sobre la juventud. Las preguntas me parecieron raras. ¿Cuál ha sido su estructura familiar? Contesté: ninguna. ¿Conserva una imagen clara de sus padres? Contesté: nebulosa. ¿Se considera buen hijo (o buena hija)? Nunca he sido hijo. Con su elección de estudios, ¿intenta conservar la consideración de sus padres y adecuarse a su entorno social? Ni estudios. Ni padres. Ni entorno social. ¿Prefiere hacer la revolución o contemplar un paisaje hermoso? Contemplar un paisaje hermoso. ¿Qué prefiere, la hondura del atormentado o la liviandad del dichoso? La liviandad del dichoso. ¿Quiere cambiar la vida o recuperar una armonía perdida? Recuperar una armonía perdida. Esas dos palabras me hacían soñar, pero ¿en qué podía consistir una armonía perdida? En aquella habitación del Hotel Fremiet me preguntaba si no estaría intentando descubrir, pese a la inexistencia de mis orígenes y el desorden de mi infancia, un punto fijo, algo tranquilizador, un paisaje, precisamente, que me ayudase a volver a hacer pie. A lo mejor había toda una parte de mi vida de la que no estaba enterado, un fondo sólido debajo de las arenas movedizas. Y contaba con el Fiat de color verde agua y con su conductora para que me ayudasen a descubrirlo.

Me costaba coger el sueño. Estuve tentado de pedirle al farmacéutico uno

de esos frascos de éter azul noche que tan bien conocía. Pero me contuve a tiempo. No era el momento de flaquear. Tenía que conservar toda la lucidez. En esas noches en blanco, lo que más lamentaba era haberme dejado todos los libros en la calle de La Voie-Verte. No abundaban las librerías en el barrio. Fui andando hacia Étoile para encontrar una. Compré unas cuantas novelas policiacas y un libro viejo, de segunda mano, cuyo título me intrigaba: Las maravillas celestes. Para mayor sorpresa mía, ya no me interesaban las novelas policiacas. Pero, nada más abrir Las maravillas celestes, en cuya portadilla venía la siguiente indicación: «Lecturas para la noche», intuí lo importante que iba a ser para mí. Nebulosas. La Vía Láctea. El mundo sideral. Las constelaciones septentrionales. El zodiaco, los universos lejanos… Según iba avanzando por los capítulos no sabía ya ni siquiera por qué estaba echado en esa cama, en esa habitación de hotel. Se me había olvidado dónde estaba, en qué país, en qué ciudad, y no tenía ya ninguna importancia. Ninguna droga, ni el éter, ni la morfina, ni el opio, me habría proporcionado ese apaciguamiento que poco a poco se iba adueñando de mí. Bastaba con volver las páginas. Habrían debido recomendarme hacía mucho esas «lecturas para la noche». Me habría ahorrado muchas desazones inútiles y muchas noches agitadas. La Vía Láctea. El mundo sideral. Al fin se me ensanchaba el horizonte hasta el infinito y era dulcísimo ver de lejos o adivinar todas esas estrellas variables, temporales, apagadas o desaparecidas. Yo no era nada en aquel infinito, pero por fin podía respirar.

¿Era la influencia de esta lectura? De noche, cuando paseaba por el barrio, seguía notando una sensación de plenitud. Nada de ansiedad ya. Me había librado de un caparazón que me asfixiaba. Ya no me dolía la pierna. Se me había deshecho el vendaje y me colgaba por encima del zapato. La herida iba cicatrizando. El barrio adquiría un aspecto diferente del que tenía cuando inicié mi estancia en él. Hubo unas cuantas noches en que el cielo estaba tan límpido que vi brillar más estrellas que nunca. O sería que hasta entonces no me había fijado en ellas. Pero luego había leído Las maravillas celestes. Mis pasos a menudo me llevaban de vuelta a la explanada de Le Trocadéro. Allí, al menos, se respiraba el aire de alta mar. Me parecía ahora que aquella zona la surcaban amplias avenidas a las que se llegaba desde el Sena pasando por jardines, tramos de escaleras sucesivos y pasajes que parecían caminos

campestres. La luz de los faroles era cada vez más cegadora. Me sorprendía que no hubiera coches aparcados a lo largo de las aceras. Sí, todas las avenidas estaban desiertas y me resultaría fácil localizar, desde muy lejos, el Fiat de color verde agua. A lo mejor hacía varias noches que les estaba prohibido a los automovilistas aparcar por allí. Habían decidido que el barrio iba a ser a partir de entonces eso que se llamaba «zona azul». Y yo era el único peatón. ¿Había entrado en vigor un toque de queda que prohibía a las personas salir pasadas las once de la noche? Pero a mí me daba igual, como si llevase en el bolsillo de la cazadora un salvoconducto que me guardase de los controles policiales. Una noche me fue siguiendo un perro desde el puente de L'Alma hasta la explanada de Le Trocadéro. Era del mismo color negro y de la misma raza que aquel al que atropellaron en mi infancia. Yo iba avenida arriba por la acera de la derecha. Al principio, el perro se quedaba a unos diez metros detrás de mí y se fue acercando poco a poco. A la altura de las verjas de los jardines Galliera ya íbamos juntos. Había leído no sé dónde —a lo mejor era una nota a pie de página de Las maravillas celestes— que a algunas horas de la noche puede uno meterse en un mundo paralelo: un piso vacío en donde se ha quedado la luz encendida e incluso una callejuela sin salida. Nos encontramos allí con objetos extraviados hace mucho: un talismán de la suerte, una carta, un paraguas, una llave, y los gatos, los perros o los caballos que perdimos según pasaba la vida. Pensé que ese perro era el de la calle del Docteur-Kurzenne.

Llevaba un collar de cuero rojo con una medalla y, al inclinarme, vi que llevaba grabado un número de teléfono. Por eso no se decidirían a llevarlo a la perrera. Y yo en el bolsillo interior de la cazadora seguía llevando el pasaporte viejo y caducado en donde había manipulado la fecha de nacimiento para tener más años, los veintiuno de la mayoría de edad. Pero desde hacía varias noches no les tenía miedo a los controles de la policía. Leer Las maravillas celestes me había dado ánimos, desde luego. A partir de ahora miraba las cosas desde muy arriba.

El perro iba delante de mí. Al principio, había vuelto la cabeza para comprobar si efectivamente lo seguía y ahora andaba con paso regular. Estaba seguro de mi presencia. Yo andaba al mismo ritmo que él, despacio. Nada turbaba el silencio. Me parecía que crecía la hierba entre los adoquines. El

tiempo había dejado de existir. Esto era seguramente lo que Bouvière llamaba «el eterno retorno». Las fachadas de los edificios, los árboles, el titilar de los faroles adquirían una hondura que nunca les había visto.

El perro titubeó un momento cuando me metí en la explanada de Le Trocadéro. Parecía como si quisiera seguir recto. Pero acabó por ir detrás de mí. Me quedé bastante rato mirando los jardines del nivel inferior, el estanque grande cuya agua me parecía fosforescente y, pasado el Sena, los edificios que bordeaban los muelles y rodeaban Le ChampdeMars. Pensé en mi padre. Me lo imaginé allá, en un sitio cualquiera, en una habitación o incluso en un café a punto de cerrar, sentado solo bajo los tubos de neón y mirando unas carpetas. A lo mejor tenía aún una oportunidad de volver a dar con él. Bien pensado, el tiempo estaba abolido ya que el perro aquel procedía de las honduras del pasado, de la calle del Docteur-Kurzenne. Lo vi alejarse de mí, como si no pudiera seguir más tiempo conmigo y fuera a llegar tarde a una cita. Entonces me fui detrás. Iba siguiendo la fachada del Museo del Hombre y se metió por la calle Vineuse. Yo nunca había pasado por esa calle. Si aquel perro me llevaba por allí no sería por casualidad. Tuve la sensación de que estaba llegando a la meta y regresaba a terreno conocido. Sin embargo, las ventanas seguían oscuras y avanzaba en una semipenumbra. Me había acercado al perro por temor a perderlo de vista. En torno, el silencio. Oía el ruido de mis pasos. La calle torcía casi en ángulo recto y me dije que debía de ir a dar a La Closerie de Passy donde, a estas horas, el loro, en su jaula amarilla, debía de estar repitiendo: «Fiat de color verde agua. Fiat de color verde agua», sin venir a cuento, mientras la dueña y sus amigos jugaban a las cartas. Pasado el ángulo que hacía la calle, un rótulo apagado. Un restaurante, o más bien un bar, cerrado. Era domingo. Qué sitio tan raro para un bar cuya fachada de madera clara y cuyo rótulo habrían estado más en su lugar en Les Champs-Élysées o en Pigalle…

Me había parado un momento e intentaba leer trabajosamente qué ponía en el rótulo de encima de la puerta de entrada: Vol de Nuit. Luego busqué al perro, que iba más adelantado que yo. Ya no lo veía. Apreté el paso para alcanzarlo. Pero ya no había ni rastro de él. Eché a correr y fui a salir al cruce del bulevar Delessert. Los faroles brillaban con un resplandor que me hizo guiñar los ojos. Ningún perro a la vista, ni en la acera en cuesta del bulevar, ni

en la otra acera, ni frente a mí, donde estaba esa estación de metro pequeña, ni en las escaleras que bajan hacia el Sena. La luz era blanca, una luz de noche boreal, y habría visto de lejos al perro negro. Pero se había esfumado. Noté una sensación de vacío que me resultaba familiar y tenía olvidada desde hacía unos días gracias a la lectura apaciguadora de Las maravillas celestes. Lamentaba que no se me hubiera quedado en la memoria el número de teléfono que llevaba en el collar.

Dormí mal esa noche. Soñaba con aquel perro venido del pasado para desaparecer otra vez. Por la mañana estaba animado y tenía la seguridad de que ni él ni yo corríamos ya ningún peligro. Ningún coche podría volver a atropellarnos.

Eran apenas las siete. Uno de los cafés del muelle estaba abierto, el mismo en que me había encontrado a Solière. En esta ocasión me había metido en el bolsillo de la cazadora la libreta vieja de direcciones de mi padre. Siempre llevaba algo en los bolsillos: el libro de Las maravillas celestes o el mapa Michelin de Loir-et-Cher.

Me senté a una mesa, junto a la luna del café. Allí, al otro lado del puente, desaparecían uno tras otro los convoyes del metro. Hojeé la libreta. Leía los nombres escritos con tintas de colores diferentes: azul, negra, violeta. Los nombres en tinta violeta parecían ser los más antiguos y estaban escritos con letra más pulcra. Algunos los habían tachado. Para mayor sorpresa mía, me llamaron la atención una cantidad bastante grande de nombres cuyas direcciones eran calles del barrio en el que estaba yo ahora. He conservado la libreta y los copio aquí:

Yvan Schaposchnikoff, avenida de Paul-Doumer, 1, KLÉBER 73 46
Guy de Voisins, Raynouard, 23, JASMIN 33 18
Nick de Morgoli, glorieta de L'Alboni, 14, TROCADÉRO 65 81
Toddie Werner, Scheffer, 28, PASSY 90 90
Mary Tchernycheff, muelle de Passy, 30, JASMIN 64 76
Y otra vez muelle de Passy, 30: Alexis Moutafolo, AUTEUIL 70 66…

Por la tarde fui a algunas de esas direcciones por curiosidad. Siempre las mismas fachadas claras con ventanales y terrazas grandes, como el número 4 de la avenida de Albert-de-Mun. Supongo que de esos edificios se decía que gozaban de «confort moderno» y de determinadas características: calefacción por suelo radiante; en vez de tarima, baldosas de mármol; puertas correderas; y la impresión de estar a bordo de un paquebote parado en medio del mar. Y detrás de ese lujo demasiado ostentoso, la nada. Sabía que mi padre llevaba viviendo desde joven en edificios así y que no pagaba el alquiler. En invierno, en las habitaciones vacías, estaba cortada la luz. Era uno de esos pasajeros que cambiaban con cadencia veloz, sin afincarse nunca en ninguna parte ni dejar nada tras de sí. Personas, efectivamente, cuya existencia costaría mucho demostrar más adelante. Inútil acopiar detalles concretos: números de teléfono, letras del alfabeto de las diferentes escaleras en los patios. Por eso la otra noche, en la avenida de Albert-de-Mun, noté cierto desaliento. Si entraba por esa puerta cochera, iría a dar a la nada. Eso era lo que me había contenido más que el temor de que me increpasen como a un merodeador. Iba en pos de una búsqueda por calles donde todo eran trampantojos. Mi empeño me había parecido tan vano como el de un geómetra que hubiera querido levantar un catastro del vacío. Pero me dije: ¿De verdad es superior a tus fuerzas encontrar a una tal Jacqueline Beausergent?

Recuerdo que aquella noche había interrumpido la lectura de *Las maravillas celestes* a la mitad del capítulo que trataba de las constelaciones meridionales. Había salido del hotel sin dejar la llave de la habitación en recepción, donde no había nadie. Quería comprar un paquete de cigarrillos. El único estanco que aún seguía abierto estaba en la plaza de Le Trocadéro.

Subí las escaleras desde el muelle y, pasada la estación pequeña de metro, me pareció oír al loro de La Closerie, que repetía con su voz ahogada: «Fiat de color verde agua, Fiat de color verde agua». Todavía había luz detrás de los cristales. Seguían jugando a las cartas. Me sorprendió la tibieza del aire para ser una noche de invierno. Los días anteriores había nevado y todavía quedaban placas de nieve en los jardines del nivel inferior, antes de llegar al Museo del Hombre.

Mientras compraba los cigarrillos en el café grande, un grupo de turistas se sentó en las mesas de la terraza. Oía sus carcajadas. Me extrañaba que hubieran sacado las mesas y por un momento noté algo así como un vértigo. Me pregunté si no estaba confundiendo las estaciones. Pero no; a los árboles de la plaza se les habían caído las hojas, desde luego, y habría que esperar mucho todavía para que volviera el verano. Llevaba meses y meses caminando entre tanto frío y tanta niebla que no sabía ya si el velo se rasgaría alguna vez. ¿Era de verdad pedirle mucho a la vida aspirar a tomar un baño de sol bebiendo una naranjada con una pajita?

Me quedé mucho rato respirando el aire de alta mar en la explanada. Pensaba en el perro negro de la otra noche, el que vino a reunirse conmigo desde tan lejos, cruzando todos aquellos años… Qué tontería que no se me hubiera quedado en la cabeza su número de teléfono…

Fui por la calle Vineuse, como la otra noche. Seguía en penumbra. A lo

mejor había una avería eléctrica. Veía brillar el rótulo del bar o del restaurante, pero con una luz tan débil que apenas si se vislumbraba el bulto oscuro de un coche aparcado inmediatamente antes de la revuelta de la calle. Cuando llegué, se me paró el corazón. Reconocí el Fiat de color verde agua. No era una sorpresa, en realidad; nunca había perdido la esperanza de encontrarlo. Había que tener paciencia, y nada más, y yo notaba que tenía grandes reservas de paciencia. Lloviera o nevara, estaba dispuesto a esperar horas en la calle.

El parachoques y una de las aletas estaban abollados. En París había seguramente muchos Fiat de color verde agua, pero en este había, desde luego, huellas del accidente. Saqué del bolsillo de la cazadora el pasaporte, donde llevaba, doblada, la hoja que me había hecho firmar Solière. Sí, era el mismo número de matrícula.

Miré dentro. Una bolsa de viaje en el asiento de atrás. Podía dejar una nota entre el parabrisas y el limpiaparabrisas y poner en ella mi nombre y la dirección del Hotel Fremiet. Pero quise saber a qué atenerme en el acto. El coche estaba aparcado delante del restaurante. Así que abrí la puerta de madera clara y entré.

La luz venía de un aplique que estaba detrás de la barra y dejaba en penumbra las pocas mesas colocadas a ambos lados, pegadas a las paredes. Y, sin embargo, veo perfectamente esas paredes en mis recuerdos, están tapizadas de terciopelo rojo muy gastado, e incluso con desgarrones de trecho en trecho, como si aquel sitio hubiera tenido una época de esplendor hacía mucho, pero nadie viniera ya. Menos yo. Al principio, creí que había entrado con la hora de cerrar muy pasada ya. Una mujer estaba sentada en la barra y llevaba un abrigo marrón oscuro. Un joven con estatura y pinta de jockey estaba despejando las mesas. Me miró fijamente:

—¿Qué desea?

Era demasiado largo de explicar. Me acerqué a la barra y, en vez de sentarme en una de las banquetas, me paré detrás de la mujer. Le puse la mano en el hombro. Dio un respingo y se volvió. Me clavaba unos ojos asombrados. Le cruzaba la frente una rozadura grande, precisamente por encima de las cejas.

—¿Es usted Jacqueline Beausergent?

Me sorprendió la voz indiferente con que hice la pregunta; me daba incluso la impresión de que la había hecho otro por mí. Ella me miraba en silencio. Bajó la mirada. Se le demoró en la mancha de la cazadora y, luego, más abajo, en el zapato del que asomaba la venda.

—Nos conocemos ya, de la plaza de Les Pyramides…

Mi voz me parecía cada vez más clara y más indiferente. Estaba de pie detrás de ella.

—Sí…, sí…, me acuerdo muy bien…, la plaza de Les Pyramides…

Y, sin apartar los ojos de mí, me sonreía con sonrisa un tanto irónica, la misma —a lo que me parecía— que la otra noche en la grillera.

—Podríamos sentarnos…

Me señalaba la mesa más cercana a la barra, que todavía tenía un mantel blanco. Nos sentamos uno frente a otro. Dejó su copa encima de la mesa. Yo me preguntaba qué licor habría en ella.

—Debería tomar algo —me dijo—. Algo fuerte… Está muy pálido…

Dijo esta frase muy seria e incluso con cierta compostura afectuosa que nadie había tenido nunca conmigo. Me daba apuro.

—Tómese un Margarita, como yo…

El jockey nos trajo un Margarita y luego desapareció por una puerta acristalada que había detrás de la barra.

—No sabía que había salido ya de la clínica —me dijo ella—. Llevo varias semanas fuera de París… Pensaba ir a preguntar por usted…

Me parece, tras tantas y tantas décadas transcurridas, que al principio el sitio aquel donde estábamos sentados uno frente a otro estaba muy oscuro. Nos hallábamos en la oscuridad como en la consulta de un oculista que le va poniendo a uno, por turnos, delante de los ojos, cristales de graduación diferente para que pueda por fin ver las letras que están a distancia, en el marco luminoso.

—Habría debido quedarse más en la clínica…, ¿se escapó?

Volvía a sonreír. ¿Quedarme más? No la entendía. Las letras estaban todavía muy turbias en la pantalla.

—Me dijeron que me marchase —le dije—. Vino a buscarme un tal señor Solière.

Pareció asombrarse. Se encogió de hombros.

—No me ha dicho nada…, creo que le tenía miedo a usted.

¿Miedo a mí? Nunca habría podido imaginarme que alguien pudiera tenerme miedo.

—Le parecía más bien raro… No está acostumbrado a personas como usted…

Parecía apurada. Yo no me atrevía a preguntarle en qué consistía exactamente mi rareza desde el punto de vista del tal Solière.

—Fui a verlo dos o tres veces a la clínica… Desafortunadamente siempre coincidió con momentos en que estaba usted durmiendo…

No me habían avisado de esas visitas. De pronto me cruzó por la cabeza una duda.

—¿Estuve mucho en esa clínica?

—Alrededor de diez días. Fue al señor Solière a quien se le ocurrió la idea de que lo llevasen allí. En L'Hôtel-Dieu no habrían podido dejar que se quedase, en el estado en que estaba.

—¿Tan mal estaba?

—Pensaban que había tomado sustancias tóxicas.

Había pronunciado esas dos palabras con mucha formalidad. Creo que nunca había oído a nadie hablarme con tanto sosiego ni con un tono de voz tan dulce. Oírla me tranquilizaba igual que leer *Las maravillas celestes*. No apartaba la vista de la rozadura grande que le cruzaba la frente precisamente encima de las cejas. Los ojos claros; el pelo castaño que le llegaba hasta los hombros; el cuello del abrigo levantado… Por lo avanzado de la hora y por la penumbra que nos rodeaba volvía a verla igual que como era en la grillera la otra noche.

Se pasó el índice por la rozadura, encima de las cejas, y otra vez tenía aquella sonrisa irónica.

—Para tratarse de un primer encuentro —me dijo—, fue un poco brusco.

Me miraba a los ojos, en silencio, como si quisiera adivinar qué estaba pensando; y aquella atención nunca la había encontrado yo en nadie.

—Me dio la impresión de que cruzó usted aposta en el momento más inoportuno por la plaza de Les Pyramides…

Yo no opinaba así. Siempre había resistido al vértigo. No habría podido nunca arrojarme al vacío desde lo alto de un puente o desde una ventana. Y ni

siquiera bajo las ruedas de un coche, como parecía creer ella. En mí, en el último momento, la vida siempre podía más.

—No creo que estuviera en posesión de todas sus facultades…

Volvía a mirarme la cazadora y el mocasín roto del pie izquierdo. Yo había vuelto a ponerme la venda lo mejor que había podido, pero, sin embargo, no debía de tener un aspecto demasiado atractivo. Me disculpé por presentarme así. Sí, tenía prisa por recobrar una forma humana.

Me dijo en voz baja:

—Bastaría con que cambiase de cazadora. Y quizá también de calzado.

Yo me encontraba cada vez más a gusto. Le confesé que había estado intentando encontrarla en aquellas semanas pasadas. No era fácil con el nombre de una calle pero sin el número. Así que busqué, dando vueltas por todo el barrio, su Fiat de color verde agua.

—¿Verde agua?

Parecía intrigarla ese adjetivo, pero figuraba tal cual en el atestado que me había hecho firmar Solière. ¿Un atestado? No estaba al tanto. Yo lo seguía llevando en el bolsillo interior de la cazadora y se lo enseñé. Lo leyó frunciendo el ceño.

—No me extraña… Siempre ha sido desconfiado…

—También me dio cierta cantidad de dinero…

—Es un hombre generoso —me dijo.

Me habría gustado saber qué relación exacta había entre ella y el tal Solière.

—¿Vive usted en la glorieta de L'Alboni?

—No. Esas son las señas de una de las oficinas del señor Solière.

Siempre que pronunciaba ese apellido lo hacía con cierto respeto.

—¿Y en la avenida de Albert-de-Mun?

Para mayor vergüenza mía, parecía un poli soltando, para desconcertar a un sospechoso, una pregunta que no se esperaba.

—Es una de las viviendas del señor Solière.

No se había quedado desconcertada en absoluto.

—¿Cómo está enterado de esas señas?

Le dije que me había encontrado con el tal Solière el otro día en un café y que había hecho como si no me reconociera.

—Es muy desconfiado, ¿sabe?… Siempre cree que las personas tienen algo contra él… Tiene muchos abogados…

—¿Es su jefe?

Me arrepentí enseguida de la pregunta.

—Llevo dos años trabajando con él.

Me había contestado con voz tranquila, como si se tratase de algo trivial. Y seguramente lo era. ¿Por qué buscar misterios donde no los hay?

—La otra noche, precisamente, había quedado con el señor Solière en la plaza de Les Pyramides, en el vestíbulo del Hotel Régina… Y, luego, cuando estaba llegando, ocurrió nuestro… accidente…

Había titubeado ante la palabra. Me miraba la mano izquierda. Cuando me atropelló el coche, me había desollado la parte de arriba de la mano. Pero la herida estaba casi cicatrizada. Nunca la había llevado vendada.

—Así que, si lo he entendido bien, el señor Solière llegó en el momento oportuno.

Se nos acercaba aquella noche, con andares pausados, con su abrigo oscuro. Me preguntaba incluso si no llevaba un cigarrillo en la comisura de los labios. Y aquella muchacha había quedado con él en el vestíbulo del hotel… Yo también había quedado con mi padre en esos vestíbulos de hoteles que son todos iguales y donde el mármol, las arañas, las maderas y los sofás son de pacotilla. Está uno allí en la misma situación precaria que en la sala de espera de una estación entre dos trenes o en una comisaría antes del interrogatorio.

—Por lo visto nadie lo vería de monaguillo —le dije.

—¿A quién?

—A Solière.

Por primera vez, parecía apurada de verdad.

—¿A qué se dedica exactamente?

—A los negocios.

Había agachado la cabeza, como si a mí pudiera escandalizarme esa respuesta.

—¿Y usted es su secretaria?

—Algo así…, pero más bien a media jornada…

Allí, bajo la luz del aplique, me parecía más joven que en el furgón de la

policía. Seguramente la otra noche era el abrigo de pieles lo que la hacía mayor. Y, de todas formas, después de la conmoción, yo no estaba del todo en condiciones. Esa noche me pareció que era rubia.

—¿Y no es un trabajo demasiado complicado?

La verdad es que quería enterarme de todo. El tiempo apremiaba. A aquella hora a lo mejor iban a cerrar ya el restaurante.

—Al llegar a París, estudié para enfermera —me dijo. Y hablaba cada vez más rápido, como si le corriera prisa darme explicaciones—. Y, luego, trabajé de enfermera a domicilio… Y conocí al señor Solière…

Yo había dejado de escucharla. Le pregunté cuántos años tenía. Veintiséis años. Así que me llevaba unos cuantos. Pero era poco probable que fuera la misma mujer de Fossombronne-la-Forêt. Intentaba recordar la cara de aquella mujer o de aquella joven cuando subió a la camioneta y me cogió la mano.

—De pequeño, tuve un accidente parecido al de la otra noche. Al salir de un colegio…

Y, según se lo iba contando, yo también hablaba cada vez más rápido; se me atropellaban las palabras; éramos dos personas a quienes han reunido por pocos minutos en el locutorio de una cárcel y a quienes no les dará tiempo de decírselo todo.

—Pensé que la muchacha de la camioneta era usted…

Se echó a reír.

—Pero si eso no es posible… Por entonces yo tenía doce años…

Un episodio de mi vida, el rostro de alguien que seguramente me quiso, una casa: todo aquello caía para siempre en el olvido y en lo desconocido.

—Un sitio que se llamaba Fossombronne-laForêt…, un doctor Divoire…

Creo que lo dije en voz baja, para mis adentros.

—Me suena ese nombre —me dijo—. Está en Sologne. He nacido en esa comarca.

Me saqué del bolsillo de la cazadora el mapa Michelin de Loir-et-Cher, que llevaba encima desde hacía varios días. Lo desdoblé encima del mantel. Ella parecía intranquila.

—¿Dónde nació? —le pregunté.

—En La Versanne.

Me incliné hacia el mapa. La luz del aplique no era lo bastante fuerte para

que pudiera leer todos esos nombres de pueblos en letra tan pequeña.

Ella también inclinó la cabeza. Nuestras frentes casi se tocaban.

—Intente encontrar Blois —me dijo—. Algo a la derecha, tiene Chambord. Más abajo, está el bosque de Boulogne. Y Bracieux… y, a la derecha, La Versanne…

Era fácil orientarse gracias a la mancha verde del bosque. Ya estaba, ya había encontrado La Versanne.

—¿Cree que está lejos de Fossombronne?

—A unos veinte kilómetros…

La primera vez que lo encontré en el mapa, habría debido subrayar con tinta roja el nombre de Fossombronne-la-Forêt. Ahora lo había perdido.

—Está en la carretera de Milançay… —me dijo ella.

Yo buscaba la carretera de Milançay. Por fin conseguía leer todos los nombres de los pueblos: Fontaines-en-Sologne, Montgiron, Marcheval…

—Si tiene mucho empeño, un día de estos podría llevarlo a conocer la región —me dijo, clavándome una mirada perpleja.

Me incliné otra vez sobre el mapa.

—Pero sería cosa de localizar el camino que va de La Versanne a Fossombronne.

Y volvía a internarme por las carreteras comarcales, cruzaba por pueblos al azar: Le Plessis, Tréfontaine, Boizardiaire, La Viorne… Al final de una carreterita sinuosa, leí: FOSSOMBRONNE-LA-FORÊT.

—¿Y si fuéramos esta noche?

Ella lo estuvo pensando un momento, como si esa propuesta mía le pareciera natural.

—Esta noche, no. Estoy demasiado cansada…

Le dije que lo decía en broma, pero no estaba muy seguro. No podía apartar la vista de todos esos nombres de aldeas, de bosques y de estanques. Habría querido confundirme con el paisaje. Ya por entonces me daba la impresión de que un hombre sin paisaje estaba muy falto de todo. Algo así como un inválido. Caí en la cuenta de muy joven, en París, cuando se me murió el perro y no sabía dónde enterrarlo. Ni un prado. Ni un pueblo. Ni siquiera un jardín. Volví a doblar el mapa y me lo metí en el bolsillo.

—¿Vive con Solière?

—Ni mucho menos. Sencillamente, le cuido las oficinas y el piso cuando está fuera de París. Viaja mucho por negocios…

Qué curioso, mi padre también viajaba mucho por negocios y, pese a todas las veces que quedamos en vestíbulos de hoteles y en cafés, no entendí de qué negocios se trataba. ¿Los mismos que Solière?

—¿Viene mucho por aquí? —le pregunté.

—No… No vengo mucho… Es el único sitio del barrio que cierra muy tarde…

Le comenté que no había muchos clientes, pero, según ella, venían mucho más entrada la noche. Unos parroquianos muy peculiares, me dijo. Sin embargo, en mis recuerdos, ese sitio me parece abandonado. Tengo incluso la sensación de que aquella noche ella y yo nos metimos allí con fractura. Ahí estamos, uno enfrente del otro, y oigo una de esas músicas ahogadas de después del toque de queda con las que se baila y se viven fraudulentamente algunos momentos de felicidad.

—¿No le parece que después de lo brusco que fue nuestro primer encuentro deberíamos conocernos más a fondo?

Dijo esa frase con voz muy suave, pero con dicción firme y clara. Yo había leído que era en Touraine donde se hablaba el francés más puro. Pero, al oírla, me preguntaba si no sería más bien en Sologne, por la zona de La Versanne y de Fossombronne-la-Forêt. Ella había apoyado la mano encima de la mía, de mi mano izquierda cuya herida estaba acabando de cicatrizar sin que hubiera necesitado llevarla vendada.

En la calle, se había rasgado un velo. La carrocería del coche brillaba a la luz de la luna. Me pregunté si no sería un espejismo o el efecto del alcohol que había tomado. Le di unas palmaditas a la carrocería, a la altura del capó, para comprobar que no estaba soñando.

—Un día tendré que llevar todo esto a arreglar —me dijo, señalando el parachoques y la aleta abollados.

Le confesé que había sido en un taller donde me habían puesto en la pista de su coche.

—Se ha tomado usted mucho trabajo sin necesidad —me dijo—. Llevaba

tres semanas aparcado delante de mi casa… Vivo en el número 2 de la glorieta de Léon-Guillot, en el distrito XV…

Así que no vivíamos muy lejos uno de otro. Puerta de Orléans. Puerta de Vanves. Con un poco de suerte habríamos podido conocernos allí, tierra adentro. Éramos los dos del mismo mundo.

Me senté encima del capó.

—Y ahora, si va usted para el distrito XV y tuviera la amabilidad de llevarme a casa…

Pues no. Me dijo que esa noche tenía que dormir en el piso de Solière de la avenida de Albert-de-Mun y quedarse allí cierto tiempo para que el piso no estuviera vacío mientras él estaba fuera. Solière se había ido en viaje de negocios a Ginebra y a Madrid.

—Si lo entiendo bien tiene usted un trabajo de guarda y de vigilante nocturno.

—Es una forma de verlo.

Me abrió la puerta derecha del coche para que entrase. Después de todos aquellos días y todas aquellas noches que había pasado vagabundeando por el barrio me parecía algo natural. Estaba incluso convencido de que ya había vivido este momento en sueños.

De repente hacía mucho frío, un frío que daba brillo y limpidez a todo cuanto nos rodeaba: la luz blanca de los faroles, los semáforos, las fachadas nuevas de los edificios. En el silencio, me parecía oír el paso regular de alguien que se nos acercaba.

Me apretó la muñeca, como la otra noche, en el furgón de la policía.

—¿Se encuentra mejor? —me dijo.

A la luz de la luna, la plaza de Le Trocadéro era mucho más amplia y estaba mucho más desierta que de costumbre. No acabábamos nunca de cruzarla y aquella lentitud me proporcionaba una sensación de bienestar. Estaba seguro de que si miraba las ventanas oscuras calaría en la oscuridad de las viviendas, como si pudiera captar los infrarrojos y los ultravioleta. Pero no necesitaba tomarme ese trabajo. Bastaba con dejarse resbalar por aquella cuesta por la que había subido la otra noche con el perro.

—Yo también —me dijo— he intentado encontrarlo, pero en la clínica no tenían su dirección… París es grande… Hay que andar con cuidado… Las

personas como nosotros acaban por perderse…

Pasado el palacio de Chaillot, giró a la derecha y fuimos siguiendo unos edificios macizos y que habrían podido parecer abandonados. Yo no sabía ya en qué ciudad estaba, una ciudad cuyos habitantes acababan de desertar, pero no tenía importancia. Ya no estaba solo en el mundo. La cuesta era más empinada y bajaba hasta el Sena. Reconocí la avenida de Albert-de-Mun, el jardín que había alrededor del Aquarium y la fachada blanca de la casa. Aparcó delante de la puerta cochera.

—Debería venir a ver el piso. Está en la última planta… Hay una azotea grande y se ve todo París.

—¿Y si Solière vuelve de repente?

Cada vez que nombraba a ese fantasma me entraba la risa. Solo conservaba el recuerdo de un hombre con abrigo oscuro, en la grillera y, luego, en el vestíbulo de la clínica y en el café del muelle. ¿Merecía la pena saber algo más? Tenía la intuición de que era de la misma especie que mi padre y de todos los que veía tiempo atrás en su entorno. No se puede saber nada de esas personas. Hay que mirar los informes que la policía hizo acerca de ellos, pero esos informes, que están, sin embargo, escritos en una lengua tan precisa y tan clara, se contradicen entre sí. ¿Merece la pena? Desde hacía una temporada se me arremolinaban tantas cosas en esta pobre cabeza mía y aquel accidente había sido para mí un acontecimiento de tanta envergadura…

—No tema. No hay riesgo de que vuelva de inmediato. Y aunque volviera, no es un hombre malo, ¿sabe?

Volvió a echarse a reír.

—¿Hace mucho que vive aquí?

—No podría responderle con exactitud.

Parecía que se estuviera riendo afectuosamente de mí. Le comenté que Solière no figuraba en la guía en estas señas de la avenida de Albert-de-Mun.

—Hay que ver —me dijo— el trabajo que se toma para dar con certidumbres… De entrada no se apellida Solière de verdad. Es el apellido que usa en la vida diaria…

—¿Y usted sabe el apellido auténtico?

—Morawski.

Aquel apellido tenía un sonido familiar sin que pudiera yo saber bien por

qué. A lo mejor figuraba en la libreta de direcciones de mi padre.

—Pero con el apellido Morawski tampoco encontrará nada en la guía. ¿Cree que tiene realmente importancia?

Tenía razón. La verdad es que ya no me apetecía tanto mirar la guía.

Me acuerdo de que anduvimos un poco por los paseos del jardín, alrededor del Aquarium. Yo necesitaba respirar al aire libre. Normalmente, vivía en una especie de asfixia controlada, o, más bien, me había acostumbrado a respirar entrecortadamente como si hubiera que ahorrar oxígeno. Sobre todo no hay que ceder al pánico que se apodera de uno cuando tiene miedo de asfixiarse. No, hay que seguir respirando despacito y con regularidad y esperar a que te quiten esa camisa de fuerza que te oprime los pulmones, o a que se vaya haciendo polvo y cayéndose sola.

Pero aquella noche, en el jardín, respiraba a pleno pulmón por primera vez desde hacía mucho, desde Fossombronne-la-Forêt, esa época de mi vida que tenía olvidada.

Habíamos llegado delante del Aquarium. Apenas si se intuía el edificio en la penumbra. Le pregunté si lo había visitado alguna vez. Nunca.

—Entonces la llevaré a verlo un día de estos…

Era reconfortante hacer proyectos. Me había cogido del brazo y yo me imaginaba, cerca de nosotros, a todos esos peces de mil colores que daban vueltas detrás de los cristales en la oscuridad y el silencio. Me dolía la pierna y cojeaba un poco. Pero también ella tenía su rozadura de la frente. Me pregunté hacia qué porvenir nos encaminábamos. Me daba la impresión de que ya habíamos andado juntos en este mismo sitio, a esta misma hora, en otros tiempos. No sabía ya muy bien dónde estaba al recorrer aquellos paseos. Estábamos llegando casi a la parte de arriba de la colina. Por encima de nosotros, la mole sombría de una de las alas del palacio de Chaillot. O, más bien, un hotel grande, una estación de deportes de invierno de Engadina. Nunca había respirado un aire tan frío y tan suave. Me inundaba los pulmones con un frescor de terciopelo. Sí, debíamos de estar en la montaña, a gran altura.

—¿No tiene frío? —me preguntó—. A lo mejor deberíamos irnos a casa…

Se ceñía el cuello levantado del abrigo. ¿A qué casa? Titubeé por unos segundos. Sí, claro, al edificio que estaba al final de la avenida que bajaba hacia el Sena. Le pregunté si pensaba vivir mucho allí. Alrededor de un mes.

—¿Y Morawski?

—Ah…, estará fuera de París todo ese tiempo.

Volvió a parecerme que ese nombre me resultaba familiar. ¿Lo había oído en labios de mi padre? Me acordé de aquel individuo que me había llamado en una ocasión desde el Hotel Palym y cuya voz enturbiaban las interferencias del teléfono. Guy Roussotte. Teníamos una oficina su padre y yo, me había dicho. Roussotte. Morawski. Él también tenía una oficina, por lo visto. Todos tenían oficinas.

Le pregunté qué demonios hacía con el tal Morawski al que llamaban Solière en la vida diaria.

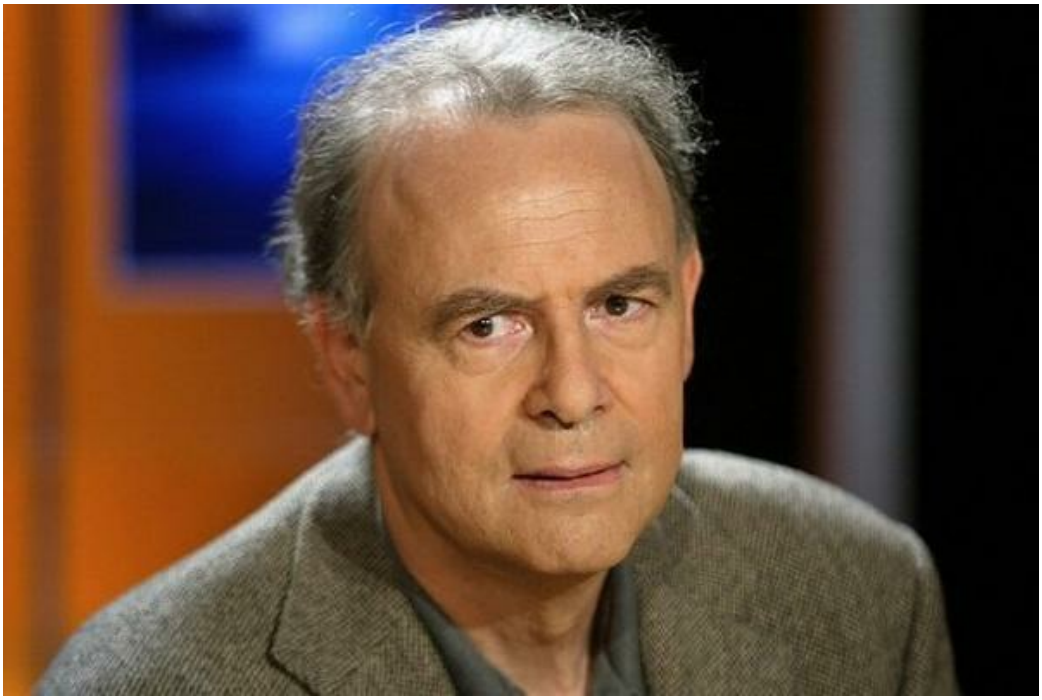
—Querría saber más cosas. Creo que me está ocultando algo.

No decía nada. Luego contestó abruptamente:

—Pues claro que no tengo nada que ocultar… La vida es mucho más sencilla de lo que crees…

Era la primera vez que me tuteaba. Me apretaba el brazo e íbamos bordeando el edificio del Aquarium. El aire seguía siendo igual de frío y se respiraba con la misma liviandad. Antes de cruzar la avenida, me detuve al borde de la acera. Miraba el coche delante del edificio. La otra noche, cuando volví solo a este sitio, el edificio me pareció abandonado y la avenida desierta, como si nadie pasara por ella.

Me volvió a decir que había una azotea grande y que se veía todo París. El ascensor subía despacio. Me puso la mano en el hombro y me cuchicheó una palabra al oído. El temporizador había apagado la luz; solo velaba, más arriba de nuestras cabezas, una luz auxiliar.



PATRICK MODIANO nace en Boulogne-Billancourt el 30 de julio de 1945.

Hijo de una actriz belga y de un hombre de negocios italiano, creció entre Jouy-en-Josas y la Alta Saboya. Las ausencias repetidas de sus padres le acercan a su hermano mayor, Rudy, que muere a la edad de diez años. Tras aprobar la selectividad, decide dedicarse plenamente a la escritura.

Sus primeras obras giran en torno a la ocupación nazi y el colaboracionismo (*El lugar de la estrella*, galardonada con el Premio Roger Nimier y el Premio Fénéon, *La ronda nocturna* y *Los paseos de circunvalación*, que constituyen la *Trilogía de la ocupación*). En 1978 obtiene el Premio Goncourt por *La calle de las tiendas oscuras*, una novela ambientada en la Segunda Guerra Mundial, y en 1984 recibe el Premio de la Fundación Pierre de Mónaco por el conjunto de su obra. En castellano, entre otras, también se han publicado *Domingos de agosto, Viaje de novios, El rincón de los niños, Las desconocidas, Dora Bruder* y *Joyita*.

Aunque el reconocimiento cumbre de su obra no puede ser otro que el premio Nobel de Literatura 2014. La Academia sueca argumenta que concede el premio a Modiano *por su arte de la memoria con el que ha evocado los*

destinos humanos más difíciles de retratar y desvelado el mundo de la Ocupación.

Y es que, este gran autor, de una extremada sensibilidad, describe en sus ficciones la búsqueda de la propia identidad, que oscila entre el recuerdo desgarrador y la tentación de la amnesia benéfica.